

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCIÓN**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

¡ YO DETUVE EL MUNDO !

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCIÓN



Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.60

¡YO DETUVE EL MUNDO!



CURTIS GALAND

¡YO DETUVE EL MUNDO!

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 185

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS —
MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 49247 — 1973

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: FEBRERO, 1974

© **CURTIS GARLAND** — 1974

texto

© **JORGE NUÑEZ** — 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

*Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.***

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

PROLOGO

NO puede ser.

Yo sé que no puede ser. Cosas así no suceden. Nunca han sucedido.

¿Por qué tendría que sucederme a mí? ¿Por qué?

Yo... yo no hice nada por conseguirlo. No he puesto mi voluntad ni mi deseo. No he pretendido en momento alguno provocar esto, llevar al mundo entero a la situación en que ahora, en este momento, se encuentra. Es insólito, inaudito. Absurdo, disparatado. Yo sé que estas cosas no es posible que ocurran, salvo en un ingenuo cuento de hadas que jamás podrá ser realidad, en una pesadilla sin sentido, o en el sueño de un niño que imagina lo imposible.

Pero en la vida misma, en la propia realidad, hoy en día... No, no. O me he vuelto loco de repente, o el mundo entero se ha desquiciado, o las normas que rigen nuestro Universo, desde el principio del tiempo, han sido rotas por un desequilibrio grotesco e inaudito.

De todos modos, falta la razón, la causa. Todo esto que me rodea carece del más mínimo sentido. No puede suceder, en buena lógica. Sería una idea casi rutinaria, si se tratase solamente de una película para la televisión, de un filme de anticipación o de cualquier cosa parecida. Sólo así se explicaría. Pero en la realidad, en la cotidiana y rutinaria existencia de un hombre, aunque ese hombre sea cámara cinematográfico y fotógrafo especializado de la NASA, en este bendito año de 1998, no posee demasiada lógica. Yo, cuando menos, no lo entiendo.

No comprendo que todos ellos, absolutamente *todos...*, estén como están. Y que precisamente yo..., *solamente yo...*, deambule

entre ellos de este modo. Va contra todo razonamiento frío y cerebral. Contra toda razón. Contra todo lo humano que ha sido, es y, posiblemente, seguirá siendo.

Pero una cosa es incontrovertible. Una cosa no se puede discutir: está ocurriendo. Y está ocurriéndome *a mí*.

A mí, Dios mío, que no soy nadie. Apenas un funcionario vulgar, un anónimo miembro más de una entidad que reúne a millares de seres. Un hombre cualquiera, con una tarjeta de identificación sobre el pecho, plastificada, donde figura mi fotografía, mi número de orden y el registro de perforaciones electrónicas que, ante la cámara de control correspondiente, dirá con absoluta frialdad si responde a las características físicas de quien la lleva consigo o no. Así funciona la Seguridad dentro de la NASA actual. Así son las cosas en los organismos oficiales que se ocupan de asuntos del espacio, en paz o en guerra.

Y eso que de las guerras ya casi nadie se acuerda. Ultimadas hace muchos lustros las de Asia, agotadas las estúpidas rivalidades de la «guerra fría» entre los gobernantes, llegó la actual era, de paz y de calma. Que, como siempre, siendo entre humanos, entre pueblos supercivilizados, no acaba de ser nunca estable ni sólida, porque se debe a mil pequeñas o grandes fricciones, a intereses económicos o tecnológicos, a egoísmos supranacionales, o en muchos casos, desgraciadamente, a la paranoia indiscutible de la mayoría de gobernantes de las grandes potencias mundiales.

Pese a todo, hay paz hace docenas de años. Y nadie pensaba que se pudiese alterar por ninguna razón plausible. Nadie imaginó que, de repente, llegase una amenaza para todos. Ni siquiera del exterior, porque el mito de los ovnis y de los «invasores extraterrestres», tan en boga en los lejanos años cincuenta y sesenta, se archivaron en el rincón del olvido, ante la escasa consistencia de los informes acumulados.

Los viajes espaciales, tripulados o no, han contribuido a ese escepticismo radical, ya que Marte es un mundo sometido a temperaturas extremas, intolerables para una raza similar a la humana o, cuando menos, a sociedades inteligentes y tecnológicamente avanzadas. Venus es un inmenso pantano, fétido y ardiente, como pudo serlo nuestra Tierra hace millones de años, en la Prehistoria. Urano, Neptuno, Plutón, son planetas de gases

tóxicos, de atmósfera irrespirable, de imposible vida orgánica en su superficie. Y Júpiter, el gigante del Sistema Solar, tampoco ofrece perspectiva alguna, con sus gases de metano, bióxido de carbono, amoníaco y sulfuras, en dantesca combinación letal. Más allá de nuestro sistema...

Más allá, nadie lo sabe aún. Nadie lo ha buscado tampoco todavía, salvo en naves-sonda a las estrellas, que siguen sin dar respuesta alguna. Como si nadie las hubiera recibido.

Nadie...

Siempre he pensado que resultaría angustioso saberse solos en el Universo. Completamente solos, como raza inteligente. Aislados, náufragos en el Cosmos inmenso. Eso produce una especie de neurosis, de sensación de claustrofobia, pese a los inmensos, infinitos espacios abiertos. Porque todo lo demás será y seguirá siendo, durante mucho tiempo, mera especulación.

La realidad es que no hay *nada* ni *nadie* que, de momento, confirme nuestros temores o nuestras esperanzas, que de todo hay. Estamos solos, por el momento. Y hemos de contar solamente con nosotros mismos.

Pero entonces..., ¿por qué?

¿Por qué ha sucedido esto? ¿Cómo empezó? ¿Cuál es la causa? ¿Cómo puede volver a ser todo como era antes de ocurrir? ¿Cómo puedo devolver al mundo todo lo que perdió?

Lo malo es que no hay nadie que pueda responderme. NADIE en la amplitud total de la Tierra, según acabo de confirmar. Es alucinante. Terrible. Demoledor. Pero ha sucedido. No tengo persona alguna a quien dirigirme. Y, paradójicamente, estoy rodeado de luces, de gentes, de seres humanos, que me miran y sonríen, o deambulan, preocupados, por las calles, o toman un *sandwich* en un *snackbar*, o son conducidos en un taxi a alguna parte...

Esta es una gran ciudad. Una urbe inmensa, repleta de seres humanos de todas las edades y de ambos sexos. De luces, de sonidos, de música, de contaminación industrial, de todo cuanto forma lo bueno y lo malo de nuestra época.

Y, sin embargo...

Sin embargo, no puedo preguntar nada. No puedo esperar respuesta alguna de nadie. Deambulo solo en un desierto formado

por millones de seres vivientes como yo.

Y todo porque ocurrió esto.

De repente, inesperadamente, ocurrió. Ocurrió lo inexplicable.
Lo absurdo.

Ocurrió que yo.,. YO DETUVE EL MUNDO.

Primera Parte

EXPERIENCIAS

CAPITULO PRIMERO

YASMINE me miró con su serena sonrisa habitual, de mujer de vuelta de todo.

—Hemos cubierto el experimento satisfactoriamente, Alex —dijo.

Asentí. No podía por menos de estar de acuerdo con ella, por mucho que me irritase la idea. Ella tenía toda la razón esta vez.

—Sí —convine—. Satisfactoriamente.

Debió advertir algo de enojo o de orgullo varonil humillado en mi yoz, porque se echó a reír suavemente, y meneó su cabeza de cabello oscuro, lustroso y bien peinado, con aire risueño, casi irónico.

—Por favor, Alex, recuerda: la experiencia se basaba simplemente en la mutua resistencia de dos elementos de la especie, macho y hembra, solos en un periplo espacial... y sin que llegara a suceder lo que el principio biológico más antiguo del mundo dice que, inexorablemente, sucedería en tales casos.

—No sé lo que hubiera sucedido, de durar más este viaje.

—Y de ser yo más débil —le recordó ella, irónicamente.

—También yo he sido fuerte —protesté.

—¿Qué pretendes decir con eso? —se enfureció Yasmine, cómicamente—. ¿Qué hubieras sido capaz de asaltarme como un hombre de las cavernas?

—No hubiera sido posible aquí —reí, señalando la angosta cabina del módulo espacial—. No hay espacio para agarrarte la cabellera y tirar de ti, como hacían ellos, hasta su caverna.

—Eres muy gracioso. Todas esas bromas no ocultan tu aviesa intención: pretendes ser *tú* quien tuvo la fuerza de voluntad suficiente para..., bueno, para que el experimento diese resultado

positivo.

—¿Positivo? —dudé, enarcando las cejas—. ¿Tú crees? Yo diría que es más bien... negativo. Cuando menos, para mí.

—Me refería al sentido positivo, de cara a la idea primordial de la experiencia: demostrar que el Hombre, con mayúscula, es capaz de soportar las tentaciones sexuales fuera de nuestra atmósfera, en un encierro con otro ser del sexo opuesto, y prolongando esa situación durante varias semanas. Y, naturalmente, al decir «Hombre», no me refería al varón de la especie, sino al ser humano en general.

—No deja de ser sintomático que se mencione, *precisamente*, al hombre, ¿no crees? —reí, sarcástico.

—Estás insoportable hoy —se irritó Yasmine. Me miró con enfado—. ¿Qué te ocurre? ¿Es que tus cromosomas de humanoide del sexo varón empiezan a vacilar en su estructura sólida, y tus pensamientos empiezan a ser menos firmes sobre la posible voluntad propia en controlar los impulsos primarios del animal racional?

—Es posible —la miré, pensativo, con expresión malévola—. ¿Sabes que empiezo a pensar ahora que tus piernas son encantadoras; tus muslos, puro terciopelo dorado; tu rostro, un encanto; tu cuerpo, una maravilla, y tus senos, un...?

—¡Alex! —se asustó ella, abriendo mucho sus ojos, inmensamente verdes. Irguióse todo lo que le permitía su asiento del módulo, dentro del ya estilizado traje espacial, color plata intensa, en contraste con el mío, purpúreo vivo, comprobando que, ciertamente, las curvas de su cuerpo no estaban disimuladas lo suficientemente como para garantizar, de cara a los principios científicos, el resultado positivo de la prueba—. No... no pretenderás ahora, precisamente cuando volvemos... Quiero decir que...

Me eché a reír de buena gana. Su temor repentino me divertía. No sabía si la mujer primitiva, enfrentada al *homo sapiens* antediluviano, reaccionó igual en principio, para dejarse luego llevar, complacida, a la caverna de «su» hombre primario. Pero lo cierto es que Yasmine había sentido terror auténtico, pensando que yo pudiera dejar de ser, a última hora, su leal camarada Alex, dueño absoluto de sus emociones, controlado casi científicamente, y con

un cerebro frío y lúcido, al que la soledad cósmica, en compañía de una dama bastante bien dotada por la naturaleza, no había logrado alterarle su equilibrio de hombre civilizado, consciente y de ideas puramente investigadoras.

—Tranquilízate —dije, entre risas—. No corre peligro tu honestidad de hermosa doncella. Dices bien. Estamos llegando a la Tierra. Pero creo que en el espacio exterior, o bajo las nubes de nuestro cielo cotidiano, tengo perfecto derecho a elogiar tu cuerpo y tus encantos, que no son pocos. Aparte de eso, Yasmine..., me gustas. Y sobre eso, ninguna ciencia espacial, biológica o tecnológica podrá cambiar las cosas, por mucho que lo intenten.

—¿Te gusto? —se asombró ella—. ¿Y te gustaba ya cuando... cuando empezamos esto?

—Naturalmente. ¿Crees que necesito estar fuera de la Tierra para no ser ciego ni tonto? —me ofendí.

—Y... y gustándote yo..., ¿fuiste capaz de aceptar esta experiencia y... y, sobre todo, de llevarla a feliz término? —Su sorpresa iba en aumento por instantes.

—Ya lo ves —sonreí, sardónico, encogiéndome de hombros—. Debo estar mucho más civilizado de lo que imaginaba...

—Entonces, Alex..., yo también.

—¿Qué? —la miré, sin entender, enarcando mis cejas.

—Que yo también debo estar muy civilizada —suspiró—. Porque siempre me has gustado. Incluso antes de ser elegidos para esta experiencia...

La hubiera abofeteado de buena gana. ¡Y decía eso cuando faltaban sólo un par de minutos para entrar de nuevo en la atmósfera terrestre! Después de seis semanas de fría convivencia amistosa en el espacio...

Es la primera vez que supe que Yasmine y yo nos atraíamos mutuamente. Pero sigo pensando que ella tardó demasiado en admitirlo.

* * *

—¿Lo ven? —sonrió el profesor Vandenberg, volviéndose al coronel Field y al general Cabot—. Todo, tal y como yo lo programé, caballeros.

Arnold Field y Marius Cabot cambiaron una mirada pensativa. Los dos militares habían tenido, hasta entonces, sus dudas. Un

montón de ellas, realmente. El profesor, paulatinamente, a medida que transcurría el llamado «Proyecto Edén», les había ido probando que sus vacilaciones eran infundadas. Que el hombre, el ser humano, fuese cual fuese su sexo, era digno de una confianza mayor a la imaginada, en ciertas circunstancias.

Primero, había sido el perfecto equilibrio psíquico y anímico del objeto clave del experimento, el macho de la especie. En este caso, Alex Taylor, un hombre normal, no entrenado previamente en el duro sistema de la NASA, previo a un lanzamiento al espacio. Un simple reportero gráfico, especialista en filmaciones espaciales, que trabajaba también para la NASA. El mismo se había ofrecido como conejillo de indias, y, maliciosamente, los dos militares pensaron entonces que lo hacía con su propia astucia como arma fundamental: si resistía la prueba, sería un perfecto héroe científico, un ejemplo de equilibrio psicobiológico. Un hombre capaz de soportar mes y medio en el espacio, junto a una hembra de belleza indiscutible y de atractivos físicos capaces de hacer tambalear el equilibrio emocional de cualquier hombre, incluso en sólo veinticuatro horas de íntima convivencia en un recinto cerrado. Si fracasaba..., el fracaso científico de la prueba sería de muy relativa importancia para el sujeto de la experiencia. Porque, a cambio de esa derrota teórica, hubiera disfrutado de una auténtica «luna de miel» cósmica... sin boda previa. Inmoral, pero práctico para el astronauta varón. Los dos militares, con buen sentido práctico de varones, así lo pensaban, con cierto cinismo que ellos admitían, antes de la prueba.

Luego, las cosas habían venido a dejar en ridículo sus maliciosas teorías. Alex Taylor había soportado la prueba. Pero, además, sintiendo una atracción, cuando menos física, hacia la muchacha compañera de su periplo sideral, la hermosa Yasmine, colega suya en aquello de hacer reportajes fotográficos o filmados para la NASA, en el espacio exterior.

Y, por si eso fuera poco, ahora resultaba que el espíritu de sacrificio, de autodominio y de control perfecto de las humanas emociones, era mutuo. Porque Yasmine Hart, su compañera..., también se sentía atraída por su camarada, según propia confesión.

Eso rebasaba todos los límites imaginables, y justificaba el optimismo del profesor Vandenberg, artífice del experimento. Field

y Cabot se sintieron ligeramente defraudados... y avergonzados.

—Su programación ha ido más allá de las consecuencias previsibles —señaló, pensativo, el coronel Field—. Ambos se atraen. Creo que, casi, casi... se quieren.

—Sí —sonrió el científico, ingenuamente—. Yo también lo creo. Siempre lo creí.

—¿Qué? —saltó vivamente el general Cabot—. ¿Que usted... siempre lo creyó? ¿Incluso *antes* de iniciar el viaje espacial?

—Incluso antes, sí. Hay cosas que a un viejo observador, por muy científico y despistado que sea, no se le pueden pasar por alto, caballeros.

—Pero... ¡pero usted jugó, entonces, con esos dos seres! ¡Manipuló sus sentimientos despiadadamente, aventurándose a hacer de ellos dos autómatas fríos e insensibles..., o a ser cómplice de un inconcebible concubinato espacial, patrocinado por la NASA! —aulló el coronel Arnold Field.

—Por Dios, caballeros, no dramaticen las cosas hasta ese punto —sonrió el profesor Vandenberg, risueñamente—. Estamos en el siglo xx, recuerden. Y sólo dentro de quince meses estaremos en el siglo xxi. Acaban de expresarse ustedes como dos perfectos personajes de la época victoriana...

Field y Cabot volvieron a mirarse, dubitativos. Luego, ambos, como al unísono, estallaron en una carcajada espontánea. El comentario del profesor les había logrado quitar su severidad habitual. Enfocaron el problema con un ángulo visual más tolerante y amplio:

—En realidad, no pretendíamos pecar de intolerantes ni puritanos, pero llevar esa prueba hasta el punto de casi provocar la fricción que haga prender la llama...

—La llama, caballeros, no prendió —terminó apaciblemente el sabio—. Lo cual prueba que yo estaba en lo cierto. La civilización, la cultura, el espíritu, el control de los propios instintos, un equilibrio intelectual normal, permite a un hombre y a una mujer convivir juntos, fuera del ambiente y los prejuicios terrestres, a solas consigo mismos, o al menos así lo pensaban ellos mientras esta línea especial de televisión les controlaba secretamente, sin ellos saberlo, sin que entre sí se produzca una vulgar situación de convivencia sexual. Por tanto, creo que mientras los astronautas

elegidos mantengan ese *selfcontrol*, ese equilibrio, ese dominio de sus instintos primarios, en aras de una mutua convivencia limpia, honrada y noble, no habrá nada que temer de futuras naves tripuladas por gentes de ambos sexos. ¿Demostrado?

—En gran parte..., hay que reconocer que sí —admitió el coronel—. Nosotros estamos convencidos, a la vista de todo esto. Falta que los elementos civiles de la NASA, que son, en consecuencia, quienes tienen a su cargo la responsabilidad máxima de la entidad, acepten los resultados de la experiencia.

—No olviden que ésta es la primera de las experiencias de mi programa —habló el profesor Vandenberg, con aire satisfecho—. Y que la segunda debe llevarse a cabo seguidamente..., justo con las personas que yo seleccioné previamente.

—¿Y que son...?

—Esos dos jóvenes tan admirables —señaló la pantalla de televisión en color, donde eran visibles Alex Taylor y Yasmine Hart, en su regreso a la Tierra, ya dentro de la atmósfera terrestre—. Ellos van a probarse, apenas descendan, el traje hermético a las radiaciones cósmicas, solares y de todo tipo, que he diseñado yo en mis laboratorios. Si eso resulta, los astronautas del futuro llevarán una indumentaria suave, liviana, sin peso, capaz de hacerles mover en cualquier parte del espacio o en cualquier mundo diferente al planeta Tierra.

—Sí, entiendo —admitió el general Cabot—. Pero ¿por qué ellos, precisamente? ¿No han realizado ya un notable trabajo para la NASA y, al mismo tiempo, para la ciencia y para el mundo futuro, profesor?

—Precisamente por ello, deseo que sean ambos los que lo experimenten. Acaban de llegar del espacio exterior. Es un nuevo elemento que aplicar a la prueba. Vienen totalmente asépticos de microbios y de microorganismos terrestres. A bordo de su cápsula espacial, han sufrido también una total asepsia contra microorganismos extraterrestres, y por ello saldrán de la nave en completo estado aséptico, sin necesidad de recurrir a aquellos viejos métodos de la «cuarentena» y demás. Será el momento ideal de que, en la cámara neumática, adherida al módulo, dentro de una cámara aséptica, reciba a ambos y les permita tomar sus nuevas ropas, para salir y utilizarlas en nuestro planeta durante un cierto tiempo, que

será el período experimental adecuado.

—Profesor, ellos esperan un descanso, un relajamiento de sus nervios y músculos, tras esa prueba que afrontan, sin ser realmente astronautas de oficio, y nosotros... nosotros vamos a proporcionarles otra prueba más. ¿Es eso justo?

—No, no lo es. Pero es preciso hacerlo. Solamente dispondrán de ese traje especial durante veinticuatro horas. En ese tiempo, todas sus funciones fisiológicas son perfectamente aceptadas por el sistema del indumento, que lleva acoplados los diversos elementos que les servirán para asimilar y destruir, mediante ácidos especiales, todo residuo del cuerpo humano, lo mismo que en cualquier pesado atavío espacial. Pero todo ello sintetizado, aligerado, convertido en liviano y casi inapreciable en la estructura del nuevo indumento. —¿Podrán descansar con ese traje? —Por supuesto. Y cómodamente. Es flexible, ligero, adaptable a todas las posiciones, transpirable hacia el exterior, pero no absorbe nada del mismo hacia el interior. En suma, si eso resulta, habremos logrado lo más importante de esta época: una ropa capaz de enfrentar al hombre con todo ambiente extraterrestre, con cualquier presión o atmósfera nociva, sin que el cuerpo humano se vea afectado por ello. Han sido sometidos a todas las pruebas posibles. Sólo falta que sean llevados en una vida normal, durante un día entero, para comprobar si el ser humano se siente cómodo y ágil dentro del mismo. Luego vendrá la segunda y definitiva prueba, en una cámara especial de antigravedad y de presiones y gases nocivos, hasta que el objeto humano del experimento señale su falta de resistencia.

—¿Y después...? —indagó el coronel Field.

—Después podrán utilizarse en la Luna, en las estaciones espaciales, en las expediciones a otros mundos, como Marte y Venus, sin peligro alguno para sus viajeros. E incluso será posible que se utilicen en otras travesías más largas y ambiciosas, como las que se proyectan con tripulación humana hacia Júpiter y Saturno.

—Bien, profesor. Usted es quien maneja el asunto. Nosotros solamente estamos aquí como observadores del Cuerpo de Astronáutica Militar, adscrito a la **NASA** en esta clase de experimentos. Todo el asunto es puramente civil, y por tanto, a ustedes corresponde.

—Creo que nos corresponde un poco a todos —sonrió el profesor

Vandenberg, arrugando el ceño, con la mirada fija en la pequeña pantalla de la línea de televisión ultrasecreta, que espiara la más íntima dimensión del periplo de la pareja de reporteros gráficos de la NASA, en su voluntaria expedición hasta el cinturón Van Allen de asteroides.

Los tres hombres, en la pequeña cámara de la base espacial, siguieron contemplando las imágenes cromáticas que llegaban de la atmósfera terrestre, ya en el descenso de la pequeña cápsula espacial.

Era el regreso de los dos jóvenes cobayas humanos.

La experiencia había sido positiva para los defensores de los principios de civilización, autocontrol, voluntad humana y dominio del cerebro sobre el instinto. Negativa para quienes afirmaron previamente que el instinto del binomio macho-hembra, peligrosa ecuación situada en la negra pizarra infinita del espacio, por los matemáticos del cosmos tecnológico, dominaría a toda otra decisión inteligente.

Ahora, sin ellos saberlo, Alex Taylor y Yasmine Hart iban a ser nuevo objeto de un segundo experimento mucho menos complejo, duro y sacrificado que el **que** estaban dando a su fin con el retorno a la Tierra.

Simplemente, dos trajes nuevos, de gran trascendencia con destino a futuras expediciones cósmicas. Pero también utilizables en la vida normal, puesto que su apariencia no iba a diferir demasiado de las modas estilizadas y rectilíneas de aquel tiempo.

Pero eso no era todo lo que les esperaba a los dos astronautas, cuando pisaran su planeta de origen. Ni mucho menos.

Sólo que todos ignoraban lo que iba a suceder, solamente unas horas más tarde del regreso del módulo espacial del Proyecto Edén.

Y más que nadie, su principal protagonista, el hombre destinado a vivir las horas más increíbles e insólitas en la historia de toda la humanidad.

El joven fotógrafo y cámara cinematográfico de la NASA, Alex Taylor.

El que, por vivir más directamente todo aquel fantástico acontecimiento sin precedentes, el hecho que jamás se repetiría, y del que, sin él saberlo siquiera, iba a ser involuntario causante, relataría más tarde, en primera persona, la historia de un día único

en el transcurso de los tiempos.

Un día del año 1998, al filo ya del siglo xxi, en el que un solo hombre, en un fortuito e involuntario hecho..., *detuvo el mundo entero*.

Alex Taylor tocó sólo unos minutos más tarde la superficie del cosmódromo donde el módulo espacial *Adán* se posó suavemente, conforme al programa previsto. Junto a él, su compañera, Yasmine Hart, oprimió con fuerza sus manos y le miró a los ojos, emocionada tras aquel viaje en compañía, por los senderos sin límites del espacio, entre cunetas de estrellas.

Lo habían logrado. Era el final de una prueba difícil y peligrosa.

Pero también era el principio de otra prueba mucho más peligrosa, fantástica e insospechada.

Sólo que ellos no lo sabían.

Nadie lo sabía. Nadie podía saberlo.

CAPITULO II

RECIBÍ el obsequio entre los aplausos entusiastas de la multitud.

Era el primer hombre que recibía un presente semejante. Conocía a personas que tenían en su poder piedras lunares, recuerdos de viajes espaciales. Pero nadie, en absoluto, poseía aún un fragmento de mineral procedente de un meteorito del famoso e ingente cinturón de Van Allen, del que acabábamos de regresar en nuestro gran viaje espacial a bordo de la nave *Adán*.

Un meteorito.

Lo contemplé, orgulloso, dentro de la envoltura plástica en que me era entregado por el administrador general de la NASA, en presencia del propio presidente de Estados Unidos y en nombre suyo.

Era una piedra vulgar, en apariencia. Cualquiera hubiese pensado en un trozo de cualquier roca volcánica. Yo sabía que no tenía nada de vulgar. Había que viajar muchos millares de millas en el cosmos para llegar hasta piedras semejantes. El gran anillo de asteroides y meteoros de nuestro Sistema Solar, o anillos concéntricos formados en torno a la Tierra, de los cuales había sido el segundo nuestro objetivo, a casi trece mil millas de distancia de nuestra atmósfera, ofrecía, en su peligroso campo electrizado, de altísima energía, las partículas procedentes del sol, y las de las colisiones entre rayos cósmicos y altas capas atmosféricas. Protones y electrones libres, de tremenda fuerza magnética, letal para el ser humano.

Y, conducidos por toda esa energía latente y terrible, los temidos aerolitos, meteoritos, asteroides flotantes, en círculo inmenso, capaz de aniquilar a cualquier nave espacial, de no poseer actualmente, como poseíamos, amplios campos de defensa antimagnética, que

rechazaba incluso los cuerpos sólidos flotantes en el espacio, hasta aferrarlos y absorberlos hacia el interior de la nave, como muestras del viaje científico. .

Ahora, una de esas muestras era mía. Por designio expreso del Gobierno de Estados Unidos y de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio.

Tras su examen por los expertos, hasta comprobar que carecía de cualquier influencia magnética especial, de radiaciones peligrosas o de naturaleza letal para el ser humano, me había sido entregada en aquel acto oficial, captado por las cámaras de televisión estereoscópica, por los noticiarios de documentales y por los reporteros gráficos de los diarios.

Yo, un reportero gráfico, convertido al fin en astronauta, y no en simple testigo de otras acciones espaciales como fotógrafo, me veía ahora como protagonista de la noticia del día.

Pero todo eso eran cosas que formaban parte de los obligados homenajes del regreso, y acepté aquella muestra de puro valor simbólico, que era la piedra púrpura traída del espacio, como un simple detalle de gratitud popular hacia mi persona y hacia el experimento vivido junto a Yasmine..., que no había sido precisamente fácil. Y eso, nadie como yo podía saberlo, aunque muchos se lo imaginarían fácilmente, con sólo mirar a Yasmine y advertir sus atractivos físicos.

Junto a mí, Yasmine seguía siendo el complemento hermoso y femenino del tándem triunfador. A ella no le dieron una piedra fea y extraña, procedente de los espacios siderales. En vez de ello, tuvieron el bello gesto de obsequiarla con flores. Un delicado y polícromo manojo de flores... de la flora venusina, aunque cultivada en la Tierra, con semillas obtenidas allí por nuestras naves-sonda, que recogieron muestras de los vegetales increíblemente bellos del pantanoso planeta.

Eso, la gratitud de la nación y del mundo, una pensión vitalicia y los derechos de publicación de su propia historia en cualquier rotativo, sería cuanto ella ganase de esta experiencia científica. Yo, aproximadamente, algo parecido. Pero creo que, en esos momentos, en la elevada plataforma situada frente al estrado presidencial, en el cosmódromo, ni ella ni yo pensábamos en eso, y sí solamente en la efímera pero embriagadora sensación de gloria que los humanos

triumfos producen.

Nos miramos mutuamente. Nos sonreímos. E incluso nos besamos. Supongo que muchos verían en ese beso una carga erótica que no existía, a causa de nuestro viaje en solitario, durante varias semanas. Pero la gente es así, y no nos importó demasiado.

Fue más tarde cuando supimos, una vez pasados todos los triunfalismos del momento, que el inefable profesor Vandenberg, artífice de nuestro experimento, nos necesitaba para una nueva prueba, tras pasar por la cámara de esterilización absoluta, anexa ahora a la nave, de la cual habíamos salido simplemente para recibir el homenaje popular.

Nos miramos otra vez, resignadamente.

—Segunda parte de la obra —comenté, irónico—. ¿Terminará en comedia o en drama?

—Sólo el profesor lo sabe —rio ella, entre dientes—. Estoy cansada, Alex. Me hubiera gustado irme directamente a mi casa.

—A mí también —me encogí de hombros—. Pero el pretender ser héroe tiene sus problemas. Veremos lo que hay que hacer ahora...

Por fortuna, el propio profesor nos informó a través de la pantalla de televisión de la cámara de esterilización:

—No teman nada. No se alarmen, porque no vamos a exigirles nada más. Ya hicieron mucho más de lo previsible. Les ruego, solamente, que se desvistan ambos.

—Profesor, ¿no será llevar eso demasiado lejos su experimento? —comenté, sarcástico, ante la mirada de reproche de Yasmine.

—No sea gracioso, Taylor —me reprochó gravemente el profesor, aunque creo que, en el fondo, dominó su risa de un modo muy inteligente—. Lo harán... aislados, y por separado.

—Ah, ya —dije, significativo.

—Entren en las cabinas anejas. Encontrarán dos trajes aparentemente vulgares. Pónganselos. Son casi normales. Más tarde sabrán cuál es su diferencia, amigos, con cualquier otra forma de indumentaria. Lo más molesto es su especie de caperuza o escafandra flexible. Es liviana, no pesa, no molesta, por llevar unos filtros especiales para el aire exterior, y lo único que podría causarles, que es calor, sensación de agobio o de humedad, tampoco se produce, por llevar una climatización especial y una porosidad

que no es directa con el exterior, pero que permite la estabilidad de clima, atmósfera y grado de humedad interna. En suma, puede ser levemente molesto, pero la prueba sólo durará veinticuatro horas. Y en cada traje verán una serie de instrucciones anexas, para toda clase de acciones que lleven a cabo durante el tiempo que los vistan. Eso será suficiente. Gracias. Y espero sepan perdonarme. Serán sólo veinticuatro horas, palabra. Después serán ya totalmente libres. Con la gratitud eterna de la ciencia y de este humilde servidor de ella, que sólo busca el bien de los humanos, aunque a veces sea sacrificando a algunos como ustedes, esforzados y valerosos adelantados en la lucha por el progreso de todos.

—Conforme, profesor —acepté, con un suspiro—. Por mi parte, no hay inconveniente.

Miré a Yasmine. Ella hizo un gesto elocuente. Se inclinó sobre el micrófono que nos ponía en contacto con Vandenberg.

—También yo, profesor —dijo, con sencillez—. Cumpliré mi parte, no lo dude.

—Nunca lo he dudado, amigos míos —sonrió el sabio—. Gracias una vez más...

* * *

Todo había terminado.

La experiencia espacial, los honores, la recepción triunfal... Este era el momento esperado. La calma. La merecida hora del reposo. Si yo hubiera sido melodramático, hubiese dicho que era «el reposo del guerrero». Pero no soy un guerrero. Nunca lo fui. No sabía que, en breve espacio de tiempo, llegaría a serlo. Y frente a un enemigo difícil de vencer. Un enemigo que ni siquiera sabía *quién* o *qué* era.

Pero no debo anticiparme. No debo adelantar los hechos. Para entonces, aún no había sucedido nada. Aún no había nada anormal en el mundo. Todo funcionaba normalmente. Todos éramos como siempre habíamos sido. Y nada hacía presagiar que las cosas tuvieran que resultar diferentes en breve plazo.

El coronel Field y el general Cabot, asesores militares adscritos a la NASA en el Proyecto Edén, habían estado felicitándome, en nombre del país y de sus Fuerzas Armadas. Esperaban, asimismo, que el gran experimento fuese práctico para todos. Y que la nueva prueba planeada por el profesor Vandenberg también diera resultado, aunque esto era ya secundario.

Después pude tomar un vehículo aéreo, privado, y trasladarme a mi residencia particular. El servicio había cuidado, en mi ausencia, de aquella especie de *bungalow* moderno, funcional y, todo hay que decirlo, algo frío como tal, aunque esquemáticamente útil y sin recargamientos, estuviese limpio, pulcro y en condiciones excelentes de habitabilidad.

La cámara frigorífica aparecía repleta de alimentos en impecable estado, desde leche y frutas hasta carnes, pescados y huevos, pasando por dulces y cuanto pudiera apetecer.

Tenía libros recién editados, publicaciones de actualidad —la mayoría, fatigosamente repletas, por supuesto, con nuestra hazaña en los espacios—, y también grabaciones musicales, cajitas de grabaciones magnéticas para televisión en color, y cuanto pudiera precisar para mi solaz. La NASA seguía cuidando las cosas de sus hombres. En la tierra firme, tanto como en el espacio exterior.

Me sentí feliz. O casi feliz. Hubiera querido llamar a Yasmine. E invitarla a cenar, a bailar, a ir a un teatro o un espectáculo, fuera de la tremenda, fría y aséptica rutina espacial. Pero lo tenía prohibido. Ella también, respecto a mí o a otro cualquiera. Nos faltaban veinticuatro horas. Sólo veinticuatro para ser libres, tirando al diablo aquel traje flexible, cómodo en realidad, pero molesto, por el simple hecho de estar obligado a llevarlo durante todo el día y una noche.

Entonces, y sólo entonces, creo que seríamos libres ambos. Dentro de lo que los seres humanos de nuestro civilizado mundo podemos considerar «libertad». Que quizá no lo sea, en realidad. Ni lo haya sido nunca, desde que nos llamamos civilizados. Pero que aceptamos como tal libertad, y no pretendemos discutir sus matices.

Porque, finalmente, me hallaba solo. En relajamiento total. Dispuesto a disfrutar de mis horas libres. Que no tenían límite, pero que sí contaban con veinticuatro de ciertas limitaciones, a causa de aquella nueva experiencia.

Solo. Y esperando que esa soledad me fuese respetada por los agentes de seguridad que la NASA había situado en torno a mi vivienda. Nadie podría acercarse a ese área, bajo pretexto alguno. Ellos se encargarían de que tal medida fuese cumplida estrictamente.

De modo que puse música, me serví una cena copiosa, muy

diferente a los alimentos deshidratados de a bordo, buen vino, café y hasta un cigarrillo como final, mientras escuchaba las melodías en la reproductora, y hojeaba una serie de publicaciones, más frívolas que científicas, puesto que empezaba a sentirme un poco harto de ciencia y de tecnología, tras todo lo vivido en aquellos meses últimos.

Y en aquel grato y dulce relajamiento me sumergí, sin preocupación alguna...

No tenía por qué sentir esa preocupación. Ni ninguna otra. Pero luego...

* * *

Luego, me acosté. Y dormí. Dormí, a pesar del curioso, liviano, pero hermético traje de materias plásticas que entraron en su composición. El profesor Vandenberg tenía razón. No molestaba en absoluto, no producía la menor dificultad en los movimientos, no causaba extrañeza alguna.

Aun así, dormir dentro de la liviana, flexible, casi cristalina escafandra de mi nuevo atavío, resultaba molesto. Cuando menos, psíquicamente. Pero eso debí superarlo en seguida, porque me quedé dormido en mi lecho, sin enterarme de más.

Y soñé.

Soñé con el espacio, con inmensidades galácticas, salpicadas de bellísimas y resplandecientes galaxias, que eran como halos de luz flotando en el negro mar celeste. Soñé con Yasmine, mi compañera de viaje cósmico. Y Freud se hubiera llevado una profunda decepción. Porque mi sueño no tuvo ninguna raíz erótica, pese a cuanto pudiera sentir por mi ex colega espacial. La vi como un ser etéreo, flotando entre miríadas de estrellas, sonriéndome con sus rojos labios carnosos, y brillando, como dos fantásticos soles, sus ojos color verde intenso.

Mis sueños tuvieron un algo de mágico y espiritual, que hubiese defraudado a quienes pensaban mal de Yasmine, de mí y de nuestra experiencia cósmico-biológica, en los vastos ámbitos del espacio exterior. Pero la verdad es que seguía atrayéndome ella, que me gustaba físicamente. Y espiritualmente quizá. Sólo que no me sentía psíquicamente reprimido ni arrepentido. Había sido hermoso convivir ambos, y no caer en el error de dos seres primarios. Podríamos enfrentarnos a cualquier circunstancia, seguros de

nosotros mismos. Y eso tenía mucho de positivo. El sexo, entre seres inteligentes, podía ser materia secundaria, que no alterase la función intelectual de cada uno. Sí, era hermoso.

Quizá por eso mi sueño fue hermoso.

Lo peor fue el despertar. Aún, a veces, me pregunto si, realmente, el sueño terminó entonces... o estaba justamente comenzando en la más atroz pesadilla jamás imaginable.

Una pesadilla que empezó sin apenas darme cuenta. Sin siquiera sentirlo.

Pero que estaba allí cuando abrí los ojos, sólo unas pocas horas después de haberme dormido. En plena madrugada de mi primera noche en la Tierra, al regreso del viaje espacial.

Nada anormal parecía suceder. Nada en absoluto, salvo que la música no sonaba en mi reproductor automático. No había sonidos de ningún tipo en mi dormitorio. No funcionaba el mecanismo. No funcionaba tampoco el refrigerador. Sentí calor en la estancia. Un calor que, pese a la climatización de mi nuevo traje, llegaba hasta mí, aunque suavizado. El indicador de temperatura de la pared, junto a mi lecho, me reveló en su luminosa graduación la temperatura de ochenta grados Fahrenheit¹. Era demasiado. Ninguna vivienda de la época podía subir a semejante nivel, por mucho que fuese el calor afuera. Algo fallaba en el sistema climático. Igual que en el reproductor musical magnético. No podía ser de otro modo.

Me incorporé. La iluminación era suave, adecuada para descansar. Caminé hasta el cuadro controlador de los sistemas eléctricos de la casa. Todo estaba normal. Sin problemas. Y, sin embargo, no había música. Ni refrigeración. El indicador de temperatura subía por momentos hacia los noventa Fahrenheit. Manipulé en vano el sistema de música reproducida. Todo continuó en silencio.

Sentí sed, quizá a causa del calor. Mi atavío experimental no me impedía tomar líquidos a través de un tubo por el cual podía introducir un delgado conducto absorbente. Pulsé el botón del depósito de soda. En vano. No recibí una sola gota en el vaso. Lo tiré con disgusto. Empezaba a resultar irritante. Sin duda, existía una avería eléctrica en la casa, no sabía cuál. Pero aún quedaban dos recursos: el depósito de zumo de frutas y el de whisky. No

quería licor, de modo que probé la fruta, seguro de poder ingerir un buen zumo fresco y tonificante.

Me llevé un chasco. Salió tanto como la soda, que era como decir nada. Miré el vaso, vacío de nuevo. Esta vez no lo tiré. Lo acerqué al surtidor de whisky, pulsando su tecla correspondiente. Bebería algo alcohólico, aunque maldita las ganas que sentía de hacerlo.

Tercer fracaso. Tercer resultado negativo. Nada de nada. Ni una sola gota de bourbon del depósito. Sencillamente, estaba como un ser perdido en el desierto. No podía beber líquido alguno. Los duendes de la electricidad se negaban en redondo.

Resoplé, irritado. Cuando menos, en el espacio jamás falló el procedimiento eléctrico. Ni alimentos, ni comidas, ni climatización, ni nada de nada. Y allí, en mi propio hogar, todo era un puro fiasco. Ridículo, pensé con disgusto.

Me acosté otra vez, porque eran las dos de la madrugada, estaba cansado, y no quería complicarme demasiado la vida. La sed podía esperar. El calor, también. Lo podía soportar todo perfectamente. Había resistido cosas peores en mi vida, que un pequeño fallo en los circuitos electrónicos que regían nuestra vida de humanos acomodados, bien servidos, bien instalados, perezosos y mal enseñados. Al día siguiente, todo estaría bien. Y entonces me podría resarcir de la falta de líquidos, de refrigeración y de música en conserva. Era un modo filosófico de aceptar una avería, a fin de cuentas.

No llegué a dormir totalmente. Creo que entre el bochorno reinante, que mi traje climatizado me reducía considerablemente, la sed, y cierto raro desasosiego personal, que no supe a qué atribuir, me desvelé de nuevo.

Me senté en el lecho. Erguido, hablé conmigo mismo, tratando de preguntarme cuál era la causa de aquella inquietud casi instintiva:

—¿Y qué diablos pasa ahora? ¿Qué es lo que logra desvelarme?
—refunfuñé.

Mis dudas no se prolongaron mucho. Lo entendí en seguida. Era él silencio.

El silencio.

La música no sonaba en la reproductora magnética de

grabaciones. Pero eso, con ser algo, no era todo. Había dormido otras veces sin música. Y no me molestó ese silencio. Pero ahora sí me molestaba el silencio, hasta el punto de no poder dormir, de no poder conciliar el sueño.

El silencio. *Este* silencio. —¿Por qué? —volví a preguntarme, molesto, irritado conmigo mismo.

Y de pronto lo entendí. Supe qué clase de silencio era el que me molestaba, el que me sorprendía, el que me impedía dormir.

No es porque volviera de unos ámbitos ruidosos. El espacio es todo negrura y silencio. Uno lo sabe. Uno se adapta a eso. Y lo acepta normalmente, incluso de un angosto e incómodo módulo espacial. Pero aquí, en casa, en plena ciudad, en el centro de la urbe más grande del mundo..., *no podía* haber tal silencio.

Sencillamente, no era sólo la reproductora musical. No, no era sólo eso. Había algo más. Algo insólito.

El silencio *exterior*.

La ciudad. La monstruosa forma inmensa, la colmena que nunca duerme... No emitía el menor sonido. Ni el zumbido de una aeronave urbana. Ni un lejano eco musical, ni un ruido en las vías de tránsito o en las propias calles. Nada de nada.

Encendí otro cigarrillo. Me levanté. Caminé por el gabinete donde dormía. Fui al ventanal semicircular, asomado al jardín elevado, a la urbe, a millones de luces, a autovías, a rampas elevadas, a niveles de peatones o de vehículos mecánicos...

Luz. Mucha luz. La de siempre. Bloques de edificios exultantes de luces, de luminosos comerciales, de todo lo que constituye el pulso visual invariable en las grandes aglomeraciones urbanas. Nueva York seguía siendo la de siempre. No había por qué extrañarse. Pero el silencio...

No desfiló ningún vehículo ante mi ventanal. Tampoco resultaba particularmente extraño, dada la hora. Pero mis ojos buscaron algo más allá. En la distancia. En la serie de autovías, de bandas de peatones en movimiento constante... Las calzadas inundadas de luz, los edificios rutilantes...

No vi nada. Ni un vehículo. Ni a nadie. Ni un ser humano. Había algunos coches modernos, de motor eléctrico o nuclear. Parados. Inmóviles en los aparcamientos. Vi uno en medio de una autovía. Eso estaba prohibido. Imaginé que sufriría alguna avería, o cosa

parecida.

Me fue imposible descubrir alguna otra cosa desde mi atalaya. Pero era suficiente. No había *nada* que pudiese emitir ruidos. De ahí aquel agobiante, extraño, tenso silencio.

Lo natural hubiera sido olvidarse de todo, despreocuparse de cuanto ocurría en torno, y volver a la cama, para tratar de conciliar de nuevo el sueño, sin pensar en tonterías que carecían de sentido. Estaba lo bastante cansado para que la fría lógica me dictara tal determinación.

Quizá por eso hice todo lo contrario.

Me gusta ser lógico. cuando estoy sometido a una férrea disciplina. Cuando algo depende de mí, y yo soy un simple número o un nombre dentro de un plan preconcebido. Pero eso había terminado cuando dejé el módulo espacial *Adán*. Ahora, volvía a ser yo. Yo, Alex Taylor.

Y aplasté mi cigarrillo en el cenicero, encaminándome a la salida. El reloj marcaba las dos y siete minutos de la madrugada.

Crucé el salón inmediato, con su famosa piedra cósmica dentro de su urna de vidrio plastificado, bajo la luz tenue, azulada, de una lámpara vertical, que daba colores de un púrpura vivísimo y hermoso a aquel simple trozo de feo mineral. Me tuvo sin cuidado en esos momentos. Ni me acordé de ella. La dejé atrás, saliendo al exterior. Pisé el jardín que rodeada mi vivienda, en la zona residencial de la nueva ampliación de Nueva York, reservada al personal técnico de diversos departamentos estatales, con sede en la ciudad de los rascacielos. Eso daba una cierta sensación de descentralización con respecto a Washington y su jurisdicción federal. Pero en el fondo, todos sabíamos que éramos funcionarios del Gobierno, se disfrazase como se disfrazase.

A mi alrededor, otros *bungalows* y residencias de personal oficial, formaban calles ajardinadas, bellas y amplias, con holgadas zonas de césped y arbustos bien cuidados. El silencio continuó siendo absoluto. Ni vi el menor rastro de persona alguna. Pero todo eso, la hora actual lo justificaba sobradamente. Nadie se dedica a pasear por su jardín a las dos de la madrugada, especialmente si tiene una dura jornada de trabajo sobre sus espaldas, y le espera otra similar al siguiente día.

Mi salida era tan inútil como negativa en todo sentido. No

descubriría gran cosa así, ni posiblemente hubiera nada que descubrir. Pese a todo, me dirigí a la casa vecina. Recordaba bien cuál era y quién la ocupaba. Mis semanas en el espacio no podían hacerme olvidar al teniente médico Howard Treadwell, de los servicios de Sanidad. Espacial de la NASA, vecino mío desde hacía casi un año.

Me detuve ante su porche. Acostumbraba a estar levantado hasta muy tarde, a causa de su trabajo. Las luces, encendidas, me demostraron que ése seguía siendo su hábito. Posiblemente, estaría estudiando fichas de astronautas y de personal, mientras tomaba su enésimo café y fumaba una pipa tranquilamente.

Sonreí, pulsando el botón de su puerta. Se sorprendería al verme vestido con aquella liviana pero rara indumentaria, de un tejido aparentemente metalizado, color gris plata, y la escafandra que, como una caperuza de plástico transparente, envolvía mi cabeza. Yo le explicaría fácilmente los hechos, y él se limitaría a ofrecermé café y dejarme ver cómo trabajaba en su tarea, aunque sin curiosear en sus apuntes y en sus fichas clínicas. El secreto profesional era algo que yo respetaba demasiado, para hacerme acreedor a alguna censura suya.

Esperé. Pero el doctor Treadwell no acudió a abrirme. Y tampoco su esposa, Sally.

Por el contrario, el más absoluto mutismo acogió mi llamada. Esperé en vano un minuto más, pulsando dos o tres veces el llamador. Ni percibí el sonido adentro, ni acudió persona alguna a franquearme la entrada.

Me rasqué el cabello, perplejo. Regresé a casa, pensativo, a través de los rectángulos de césped y los senderos de fina grava. Me volví en dos ocasiones. Había luz, pero no respondía nadie. Quizá no quisieran abrir. Eran muy dueños de hacerlo, y más a semejante hora de la noche.

Una vez dentro de mi vivienda nuevamente, fumé en silencio, reflexionando sobre lo que había acontecido. Treadwell no debía estar en casa, a pesar de las luces. De otro modo, hubiera preguntado, me hubiese atendido, aunque fuera para decirme que no podía prestarme atención por tener excesivo trabajo, o cualquier otra excusa similar.

Dudé, mirando el teléfono provisto del pequeño visor. Luego, me

decidí, inclinándome sobre él. Alcé el auricular. Oprimí las teclas numeradas con letras y cifras, junto al micrófono. Marqué el número de Treadwell. Lo conocía bien.

Tuve que colgar de nuevo y probar fortuna. Ni siquiera había recibido la señal de llamada al otro extremo del hilo.

La segunda intentona dio igual resultado. Ni un sonido en el auricular. Irritado, renuncié. Había marcado bien el número. No sólo no atendía nadie, sino que ni siquiera daba señal de llamada o de comunicación. Sencillamente, no parecía funcionar la línea.

—Tal vez a Treadwell se le averió el teléfono —comenté para mí, malhumorado, recordando que tampoco el timbre había sonado cuando llamé en su casa. Pero sí había luces. De haber un fallo eléctrico, la luz no existiría.

Luego, de pronto, recordé el fallo de mi aparato de soda, zumos de fruta y whisky. Y el calor que aumentaba por momentos, a causa de la avería del climatizador.

—Puede que sea yo quien sufra la avería —me dije.

Volví a utilizar el teléfono. Esta vez marqué un número muy diferente. El de Yasmine. Esperé.

Nada. Ni un sonido por el auricular. La pantalla televisora diminuta, donde se suponía que tenía que ver, en un suave color azulado, a mi interlocutora de turno, no se alteró lo más mínimo tampoco.

Volví a marcar, por si había cometido error, aunque estaba seguro de que no era así. La voz no llegó. Pero tampoco la señal de llamada o comunicación. Sólo silencio...

—¡Al infierno con todo esto! —me enfurecí, colgando con rabia el teléfono-visor—. ¡La avería es mía, por todos los diablos!

Ya estaba claro. Yo era quien sufría la avería. O acaso toda la zona residencial de aquel área. Era una explicación bien simple, después de todo. La archivé en mis recuerdos, me encogí de hombros, con cierto disgusto, y me dispuse a dormir. Había un vulgar recipiente de agua en un rincón, puramente manual. Lo utilicé para servirme un vaso, y eso sació mi sed. Me tendí en el lecho, boca arriba. Me dije que era ridículo preocuparme por nada más. Lo mejor era dormir. Dormir tranquilamente, olvidándome de todo lo demás.

Cerré los ojos. Y traté de dormir.

Sólo que no pude. Porque, de repente, salté de nuevo, sentándome en el lecho. Los ojos muy abiertos. La mente totalmente despejada.

Miré el reloj eléctrico, frente a mi cama, en el muro. Estaba parado. Justamente en las dos menos catorce minutos de aquella madrugada.

Miré mi propio reloj. Las dos y veinte minutos.

Pero no era eso lo que me había sobresaltado tan súbitamente. Era algo que, borrosamente, advertí al asomar, antes, al exterior y mirar a la ciudad.

Volví al ventanal. Miré a la gran urbe, radiante de luces y hermética de silencios. La torre del siglo xxi, en medio de la zona urbana, tenía un gran reloj luminoso en su cima, giratorio sobre un soporte, con dos caras luminosas, que marcaban, por lógica, idéntico horario en sus grandes agujas fluorescentes.

Era como había creído recordar antes de intentar dormir de nuevo. Estaba parado.

Y señalaba, también, las dos menos catorce minutos.

CAPITULO III

LAS dos menos catorce.

Eran casi las dos y veinticinco minutos. En mi reloj, solamente. Y funcionaba a la perfección. El reloj mural de casa, eléctrico, no funcionaba. El de la torre, tampoco. Ambos eran eléctricos. Ambos parados a la misma hora.

Una posible avería colectiva. Como el climatizador. Como el reproductor musical, como el teléfono... Como los timbres de llamada de cada casa. Un fallo eléctrico. Siempre había dicho que, si un día fallaba la energía eléctrica en una ciudad como Nueva York, aquello sería un desastre sin precedentes.

Lo raro es que todo lo demás parecía normal. Menos aquel coche, parado en medio de la autovía...

Volví a mirarlo. Estaba allí, claro. Pero tuve una rara sensación de incomodidad. No sabía por qué, pero algo no era como debía de ser. Algo andaba mal.

De repente, lo entendí. Claro. Algo andaba mal. La propia autovía. Los demás coches, tal vez. No, los demás, no. Estaban aparcados, alineados correctamente en sus zonas habituales. Y ningún otro circulaba. Por tanto, lo extraño debía de estar en...

Me puse rígido. ¡Claro! Ya estaba. Era eso. Precisamente eso.

No había coches. Ninguno. No circulaba nadie por la ciudad. Aun a las dos y media de la madrugada, o poco menos, eso resultaba insólito. Alguien tenía que circular, eso era obvio, de todo punto. Entre millones de seres, había patrullas policiales de servicio nocturno, había juerguistas, trasnochadores, ambulancias, gente con prisas para un viaje, para un desplazamiento imprevisible...

No. Esta noche, nada de eso. Nada de nada. En tan pocas semanas como yo estuve por esos espacios de Dios, las cosas no

podían haber cambiado tanto en la Tierra. No, eso no era posible. Siempre hay alguien que circula de madrugada, por una u otra razón. Otra cosa, la absoluta ausencia de gente en una capital como Nueva York, rozando el siglo xxi... ¡sería un disparate total!

Aqué! no era el mundo delirante imaginado por el viejo y ya superado Ray Bradbury en su admirable «Peatón». Aquél no era el enloquecido orbe de un Orwell, un Huxley o un Kafka, con sus premoniciones pesimistas. Pese a todo y a todos, nuestro mundo seguía siendo parecido. Con sus muchísimos defectos y sus escasas virtudes, pero el mismo que todos conocimos anteriormente. No había silencios ominosos, ni soledades tiránicas, ni persecuciones alucinantes del individuo, aunque la masa siguiera prosperando, como siempre lo ha hecho inexorablemente, desde que el mundo civilizado le quitó ciertas cadenas.

A pesar de todo... no vi un solo vehículo en toda la amplísima panorámica de la ciudad, que yo dominaba desde mi residencia.

Y eso me dio cierto recelo. Eso me causó un desasosiego extraño. Eso, en el fondo..., me dio miedo.

* * *

Miedo.

Era ya algo más que una simple sensación fugaz. Era un sentimiento que se iba arraigando sólidamente en mí.

Miedo... a no sabía qué. Pero a algo que formaba parte de aquel silencio, de aquella tensión, de aquella ausencia inverosímil de sonidos, voces, vehículos, movimiento, mecanismos en marcha.

De nuestra civilización normal, de nuestra rutina de cada día, sólo parecía quedar algo en pie, el único muro de Jericó que, por fortuna, ninguna trompeta había derribado o resquebrajado aún: la luz eléctrica, visible en toda la urbe, como un raudal de vida y esplendor.

Pero eso era todo. Lo demás...

Lo demás, lo tenía ahora ante mi vista. Fuera de mi casa. Fuera de mi área residencial. Fuera de la vecindad del teniente médico Howard Treadwell, de la NASA. Fuera de todo lo que era mi propio círculo cotidiano. En la ciudad. En la urbe.

Lo demás era... aquello.

Al fin parecía tener una respuesta. O una interrogante. La mayor. La más absurda y fantástica de todas. La que no tenía

respuesta.

Pero, cuando menos, era algo. Era... una realidad. Simplemente eso. Nada más, y nada menos que eso.

La realidad. Mi realidad. Nuestra realidad. La de todo y todos cuantos me rodeaban...

Me quedé contemplando, una vez más, lo que no atinaba a entender. Me pasé una mano por el rostro. Temblaba. Mis dedos eran trémulos, mi rostro estaba bañado en sudor. Sentía las palpitaciones violentas de mi corazón dentro del pecho, mientras me encaraba a aquello.

Y aquello era...

Aquello era la. inmovilidad. La quietud. El silencio. La petrificación total de todo lo vivo y animado.

No tenía sentido, claro. Ningún sentido. Pero había ocurrido. O yo estaba soñando, pese a haberme pellizcado varias veces, y muy dolorosamente, en busca de la comprobación de mis temores.

No. Ningún pellizco, ningún dolor, logró devolverme a mi lecho o a mi alcoba. No pude salir de allí. De aquel mal sueño. De aquel extraño, fantástico e increíble suceso.

Primero había intentado telefonear desde una cabina pública. A Treadwell, a Yasmine, incluso a la NASA, ya realmente inquieto, aunque sin razón aparente, y aun a riesgo de que pensarán que la influencia de las radiaciones cósmicas exteriores me habían trastornado.

No logré nada. Nadie respondió. Ningún teléfono señaló la comunicación. Ninguna pantalla visora reflejó imagen alguna, ni siquiera la señal roja de línea interferida. Nada de nada. Como antes.

Ahora ya no eran simples celos o temores. Ya no. Ahora era una evidencia. Una asombrosa evidencia de que algo terrible e insólito había sucedido en Nueva York. O, cuando menos, en las zonas urbanas próximas a mi residencia habitual.

Dentro de un coche aparcado en plena calzada, donde en situación normal sería un verdadero peligro para cualquier otro vehículo en cualquier sentido, un hombre tomaba entre sus manos el volante, con una especie de estúpida sonrisa y una mirada inocua. Junto a él, en el asiento, un ejemplar de una revista frívola, exhibía a una estupenda señora en prendas íntimas, que quizá

hubiese alterado mi metabolismo allá, en la nave *Adán*, durante el periplo espacial. Estaba tan quieto como una estatua, pero era perfectamente humano, y era como si estuviera en trance, o dormido en plena carrera... con su coche a cien millas por hora en la autovía —era lo que marcaba su cuentamillas—, los ojos muy abiertos y el pie en el acelerador.

No lejos de él, una joven pareja se besuqueaba, dentro de otro automóvil de motor nuclear, junto a un restaurante. Lo raro es que eran como dos estatuas besándose. No se movían, no respiraban, no se alteraba lo más mínimo su pétrea rigidez, pegados sus labios en un contacto interminable y frío.

El restaurante ofrecía una visión peor.

Una joven camarera, de uniforme azul cobalto, con el distintivo comercial del establecimiento, estaba sirviendo una botella de cerveza a un cliente. Este comía un plato de carne y huevos, de apetitoso olor y apariencia. Pero la carne y los huevos estaban helados ya, el hombre tenía la mano en su boca, sosteniendo el tenedor, y en éste un trozo de carne, pegado a sus labios, sin llegar a engullirlo, y la mirada aviesa fija en los senos de la muchacha del mostrador, que sonreía, con su botella destapada, la espuma ya seca en la boca del recipiente, y el vaso del cliente vacío ante ella.

Un mueble musical estaba iluminado y con una grabación a medio emitir. Un hombre estaba parado, junto a la salida, con la mano en el tirador de la puerta, a punto de abandonar el local. Estaba en pie. Tan quieto y tan carente de vida como un maniquí.

Todo aquello era grotesco. Absurdo. Increíble.

Yo, moviéndome entre todos los seres quietos. Entre alimentos fríos, cervezas que nunca se sirvieron, coches que jamás reanudaron la marcha, besos que no se terminaban, miradas vidriosas, fijas en ninguna parte...

—No, no puede ser —me dije a mí mismo, aturdido—. Esto ha de tener una explicación, por extraña que sea. Será algo limitado a esta zona. Quizá..., quizá un fenómeno clínico... No puede ser otra cosa. Realmente, no puede ser otra cosa...

Estaba tratando de convencerme, pero yo sabía que algo continuaba funcionando mal. Y muy mal, además.

Me bastó unos pasos más para ver a Barney, el agente de tráfico, que a veces hacía el servicio nocturno. En medio de un difícil cruce

de autovías, sobre su estado luminoso de control... era solamente una ridícula figura quieta, un maniquí vestido de uniforme, con un brazo extendido, tan quieto como el otro que colgaba a lo largo de su figura.

Ningún vehículo obedecía sus órdenes. Pero tampoco las quebrantaba. Todos estaban quietos, acá y allá. En diversos puntos de la autovía. Esperando a continuar el tráfico alguna vez, en algún momento que yo no atinaba a saber cuál sería...

Dos calles más allá, me tropecé con algo realmente grave. O que hubiera Segado a ser grave, para ser más exactos. Otro vehículo, lanzado, sin duda. Un joven de chillonas ropas y gesto exaltado, al volante. El cuentamillas señalaba las ciento veinte a la hora.

Y ante sus ruedas, caída en tierra, una anciana dama, con una bolsa volcada... Una mujer que salía del recinto deslumbrante de luces del Hospital Central, con gesto apurado y distraído. Quizá la visita de un enfermo grave y urgente, quizá una enfermera que abandonaba su trabajo a altas horas de la madrugada, agotado su servicio. ,,

De no haberse quedado todo así, detenido en repentina e inexplicable suspensión... la vieja señora sería ya cadáver, bajo las ruedas del vertiginoso vehículo. Su gesto de terror lo denunciaba claramente.

No sé por qué hice aquello. Me dije que era ir un poco contra el destino de los seres humanos. Pero si aquello había ocurrido por alguna oscura razón que mi mente no alcanzaba a ver, era justo sacar de ello la mejor consecuencia. Tal vez, a fin de cuentas, esto también formaba parte del destino. Y de los designios de Dios.

Tomé cuidadosamente en mis brazos a la mujer. La puse en la acera, tendida como estaba en la calzada. Ahora, lejos ya del coche vertiginoso. Contemplé la escena. Estaba mejor. Si todo cobraba de nuevo su turbulenta actividad... habría una víctima menos. Un ser no moriría, si es que aquello no era un sueño.

Algo más allá, una pareja ebria abandonaba un bar, en gesto aparente de viva disputa. El hombre tenía gesto vociferante, petrificado en su rostro inmóvil. Ella parecía muy irritada..., pero miraba con cierta complicidad a un tercer personaje que, a espaldas del hombre, se ocupaba en hundir la mano, disimuladamente, en el bolsillo de la chaqueta de éste. Entre los dedos extraía una cartera

hábilmente.

Tomé la cartera. Contenía muchos billetes. Cientos de dólares. Sonreí, volviendo el dinero al bolsillo del hombre. El tercer personaje, ratonil y astuto, tenía todo el aspecto de un profesional en tal juego, igual que la dama, rubia y exuberante, mostrando con su corta falda y su profundo descote todas las prominencias que la Naturaleza le concediera con desbordante generosidad.

Me limité a tirar del hombre hasta situarlo junto a uno de los resortes de alarma que, en todas las ciudades de 1998, había para avisar a la policía. Y dejé en manos del ladrón la cartera... sin dinero. Pero poniendo también sobre ella una mano de la inerte joven rubia, que siguió, como todos los demás personajes, en pie e inmóvil, conservando un raro equilibrio, digno de un maniquí de tienda de ropas.

Cuando despertasen de aquel raro letargo, si despertaban alguna vez, iban a tener muy difícil la explicación de los hechos, apenas el dedo del hombre pulsara el botón, llamando a la policía en su ayuda, sin saberlo él siquiera.

Sonreí para mí mismo, aún sumido en el caos mental en que me hallaba. Algo era evidente. Cuando menos, un distrito de Nueva York estaba reducido a la inmovilidad total. No sabía por qué, pero había sucedido. En nuestra época, tecnológica, supercientífica y llena de sorpresas de toda índole, todo era posible.

Con desasosiego, pensé en el famoso «rayo paralizador» que, más de medio siglo antes, intentarían crear los nazis. Y que, quizá, llegaron a realizar, aunque se nos ocultara posteriormente a todos tan poco agradable noticia. ¿Era esto el resultado de una prueba más de semejante arma? ¿O el resultado de un ataque exterior, planeado por algún genio científico y militar?

La sugestión era inquietante, pero no se podía desechar, porque me parecía, lamentablemente, la más plausible de todas.

Un rayo paralizador... Un ataque del extranjero... ¡Acaso la guerra total, la conflagración mundial llevada a sus últimos extremos!

—Cielos, eso lo explicaría todo —susurré—. Pero entonces..., ¿por qué yo? ¿Por qué, precisamente, yo sólo... entre toda esta gente?

Debía comprobar algo antes de aceptar seriamente la posibilidad

de volverme loco o imbécil. Y no había otro medio de hacerlo que alejarse de allí. Buscar en otros sitios...

Y busqué.

* * *

¡Dios mío, otros sitios...!

Me detuve, aterrado, en medio de Broadway, después de utilizar una simple, vieja, vetusta y casi prehistórica pieza de desplazamiento llamada bicicleta. Los coches no funcionaban. Ninguno, ni siquiera el mío. Tampoco autobuses, helitaxis o vehículo de especie alguna. La bicicleta, movida por la única energía desencadenada por mi pedaleo, en un anacrónico viaje al centro de Manhattan, sí funcionó.

Ante mí, la urbe me mostró al desnudo su terrorífico aspecto de aquella madrugada. Los relojes públicos, absolutamente TODOS los relojes murales, aparecían parados en la misma hora: las dos menos catorce minutos.

Sorprendentemente, los relojes de la gente tampoco funcionaban en sus muñecas. Eran ellos los que no funcionaban, pero el hecho se repetía con sus propios relojes de pulsera. Sólo el mío continuaba su marcha normal.

El tiempo se había detenido para Nueva York. Para todo Nueva York... excepto para un ciudadano llamado Alex Taylor.

El asesino estaba frente a mí. Justo en la esquina de la calle Cuarenta y Dos. Empuñaba un arma automática, silenciosa. Apuntaba a su víctima indefensa, un hombre aterrorizado, de grandes ojos, muy abiertos, y las manos en alto esperando morir. Imaginé que, entre el bullicio de la ciudad, un disparo que apenas si sería un taponazo seco, pasaría desapercibido para todos. Pero un hombre yacería sin vida, sólo un par de segundos después, al pie de su matador, que tenía todo el aspecto de un criminal profesional, pagado para tal hecho.

Contemplé a ambos, en su dramática situación, y me sentí como el que rectifica un escaparate comercial poco afortunado, o el que retoca la posición de un par de figuras de cera en un museo.

Quitó al asesino el arma, y la puse en manos del asustado individuo, condenado a ser la víctima propiciatoria del homicidio. Al mismo tiempo, aparté a ambos lo suficiente para que el profesional no tuviera ocasión de reaccionar en modo alguno, si

todo volvía a la normalidad. Quizá era inmoral, pero si alguien moría esa noche en la calle Cuarenta y Dos, no sería precisamente un hombre sentenciado de antemano a ello.

La muchacha contemplaba con admiración las joyas de un rutilante escaparate, dos manzanas más allá. Era bonita, atractiva, pero humilde. Imaginé fácilmente sus sueños, en aquel gesto de infinitos matices, petrificado por el extraño prodigio que había paralizado a todo Nueva York.

Era tan fácil ser cómplice de ella, ahora... Sobre todo, cuando probé la puerta de la joyería y, para mi asombro, ni cerraduras, ni mecanismos, ni sistemas de alarma funcionaron. Tenía libre el paso hacia una fortuna en joyas de gran valor.

Ni se me pasó por la mente tomar una sola de ellas. Eso era justo. Luego, volví a mirar a la modesta muchacha, joven y bonita, soñando con alguna joya inalcanzable para ella.

Sé que estuvo mal. No era honesto. Pero la gran joyería no iba a sufrir merma en sus cuantiosos beneficios sólo porque yo hiciera aquella travesura. Eso, suponiendo que alguna vez, todo volviera a ser como fue...

Tomé un simple anillo de platino, delgado y discreto, con una pequeña piedra preciosa. Había tantos allí dentro, que ni siquiera lo advertirían jamás. Y para la muchacha del escaparate... sería un sueño realizado más allá de lo posible.

Lo puse en su dedo, delgado y elegante, bien cuidado. Luego, volví a cerrarlo todo. Situé el cuerpo de la joven, rígido y quieto como el de un maniquí, algo más allá de la joyería. Era un modo de evitarle problemas.

Me quedé quieto en la acera, tras mi acción, reprochable o no. Me miré las manos. Recordé algo. En todas las ocasiones que toqué a alguien, siempre ocurrió lo mismo. No había nada extraño ni inquietante en ello.

Sencillamente... porque nadie estaba frío.

No era como manejar muñecos o cadáveres. No. La gente NO era cadáver. No aún, cuando menos, fuese lo que fuese lo que estaba sucediendo en aquel mundo paralizado que me rodeaba. Su piel, su epidermis estaba caliente, a temperatura normal. Cuando más, ligeramente tibia. Eran seres VIVOS. Pero quietos. Inexpresivos. Inmóviles. Insensibles, quizá.

Y yo era como el brujo o el .hada de turno, moviéndome en el mundo quieto de la hechizada corte de la Bella Durmiente...

Miré alrededor mío otra vez, para darme exacta cuenta de cuánto estaba sucediendo en mi derredor.

Personas, vehículos, mecanismos, sistemas eléctricos, motores, todo cuanto siempre tuvo vida o se movió en este mundo... estaba QUIETO. Absoluta y totalmente quieto, como desprovisto de vida, de ritmo, de palpito.

¿Por qué?

Mis ojos se fijaron, súbitamente, en las luces radiantes de un lugar: el hotel Astor.

Era el nuevo hotel Astor, fantástico y ultramoderno, sobre los cimientos del antiguo y tradicional. Recordé algo. Allí se alojaba alguien. Alguien a quien poder dirigirme, a quien buscar, en demanda de ayuda, de consejo, de colaboración.

El presidente de Estados Unidos.

Eché a correr repentinamente, como en busca de la última esperanza. Entré en el hotel, fastuoso y sobrio a la vez. En busca del presidente.

Hasta que lo encontré, arriba, en la *suite* presidencial.

CAPITULO IV

EL presidente.

Estaba ahora allí, ante mí. El primer ciudadano del país. El hombre más poderoso y más admirado de la nación. Uno de los más influyentes políticos del mundo.

Allí. Delante mío, ahora.

Para llegar hasta él, había dejado atrás todas las dependencias previas del gran hotel moderno. Había dejado a los agentes federales, a la guardia de honor de la ciudad, que custodiaba al ilustre huésped de Nueva York.

También había dejado una vulgar escena de alcoba, entre uno de los directos colaboradores del presidente y una dama, cuya identidad no me molesté en averiguar. De cualquier modo, su idilio también se había congelado en aquella petrificada inmovilidad que parecía afectar a todos los ciudadanos de Nueva York.

Pero cuando menos, yo había confiado en que el presidente...

No debí confiar. Era inútil. No podía suceder de otro modo.

Estaba allí. Como todos los demás. Inmóvil. Rígido envarado, pero sin apariencia de cadáver, ni mucho menos.

Su rostro seguía siendo saludable, de mejillas tersas, brillantes y de buen color. Sus ojos, pequeños e inteligentes, con un destello de astucia. Estaba sentado en su lecho, con un cigarrillo consumido en el cenicero, y una carpeta ante sí, con una serie de asuntos de urgencia.

Su esposa, la Primera Dama, se hallaba dormida en una cama gemela inmediata. El sueño era profundo cuando la sorprendió... aquello.

Los contemplé a ambos con profundo desaliento. La inmovilidad de los que guardaban los accesos a la *suite* presidencial, ya me había

hecho sospechar lo peor. Y así eran las cosas. Lo peor se había cumplido.

También a ellos les afectaba la inmovilidad general. Eran parte integrante de aquella especie de enorme museo humano que era todo Nueva York en estos momentos. Contemplé el rostro del hombre que me había felicitado aquel mismo día, a mi triunfal llegada con la cápsula espacial. Entonces, si me hubieran contado esto, me hubiese echado a reír como un tonto, preguntándome si el chiste tenía gracia.

No. El chiste no tenía ninguna gracia. Y lo malo es que ni siquiera era un chiste. Estaba sucediendo. Me estaba sucediendo a mí, porque, entre todos ellos, por un mágico prodigio sin duda alguna, yo era el único superviviente normal en todo Nueva York. El único, ser viviente en toda la extensión de la palabra.

—Quisiera entender algo... —musité, contemplándome a mí mismo en un espejo del dormitorio presidencial. Vi que tenía el cabello en desorden y que sudaba copiosamente, a pesar de todas las climatizaciones del traje experimental. Yo sabía que éste no tenía la menor culpa en aquella transpiración abundante y fría.

Me moví, desorientado, por la estancia. No había allí gran cosa por hacer. Me limité a tomar uno de los documentos del presidente y, con su lápiz rojo, escribir sobre ellos, con grandes caracteres:

«NO SE CUANDO DESPERTARA USTED, SEÑOR. PERO SEA CUANDO SEA, SEPA QUE INTENTE HACER ALGO POR TODOS. QUE INTENTE COMPRENDER. Y QUE HARÉ CUANTO SEA PRECISO POR SACARLES DE ESTE ESTADO, SI ME ES POSIBLE. APELARE A QUIEN SEA.

»TAYLOR.»

Era un mensaje ridículo, y lo sabía. Tenía tanto sentido como cantarle una nana al presidente o decirle a gritos que saliera de aquella maldita inmovilidad. Yo sabía que no podía oírme, ni verme, ni sentirme. Que la voluntad y los sentidos habían huido de todos cuantos hallaba a mi paso, en aquella situación... que eran todos.

—¡El perro! —mascullé, aturdido—. ¡Oh, no! ¿Ellos... también?

Sí. Ellos también. Los perros. Los animales, sin duda alguna. No había visto aún ningún otro. Ni gatos, ni perros, ni nada parecido. Este era el primero.

Y dormía apaciblemente, en apariencia, pese a que estaba tan puesto en pie como podía estarlo yo. Sobre sus cuatro patas, con el rabo rígido y una extraña mirada fija en el vacío. Era como si, estando dormido, algo le hubiese despertado. Y su instinto, en ese momento, mucho más agudo que el de los humanos, le había advertido de que algo sucedía o estaba a punto de suceder.

Entonces había sucedido. Sin darle tiempo a más.

Acaricié su piel. Era un hermoso dálmata. Lo había visto en reportajes filmados, acompañando al presidente en sus paseos por la Casa Blanca. Ahora estaba allí. Tan desprovisto de movimiento como todo lo demás.

Descendí de nuevo a la calle. Era inútil perder más tiempo en el hotel, aunque al menos pude servirme un whisky, que ahora sí que lo estaba necesitando. Eran ya las tres y diez minutos de la madrugada. Todo continuaba igual que lo dejara.

Bajo los guiños luminosos de los anuncios, entre parpadeos de luz, que era lo único que en realidad se movía en aquel inmenso escaparate de maniqués de carne y hueso que era la gran urbe, la gente, los coches, todo en absoluto seguía inmóvil.

Probé varios teléfonos con resultado negativo. Incluso intenté una conferencia interurbana con Washington, estérilmente. Los teléfonos de Nueva York, en bloque, no funcionaban.

Me asaltó, de repente, una terrible alucinante duda: ¿funcionaban los de Washington?

Sentí un escalofrío. Sacudí la cabeza.

—Oh, no... —musité—. Sería... demasiado horrible...

Pero la idea había surgido. Y estaba ahora allí. En mi mente. Acuciándome como un trallazo doloroso, insistente, aterrador.

¿Sucedía lo mismo fuera de Nueva York?

No había modo de averiguarlo, en realidad. Si los automóviles no funcionaban, no había razón para que lo hiciesen los aviones, los helicópteros o las nuevas y ligeras naves interurbanas, de motor eléctrico. Todo sistema de reacción mecánica parecía tan quieto y tan muerto como los seres humanos y los animales.

Probé a entrar en varias viviendas. Corría el riesgo de que repentinamente todo cobrase su normalidad, y me acusaran de intruso, pero la situación lo justificaba todo, a juicio mío. Vi gatos, canarios en sus jaulas, e incluso sorprendí a alguna polilla o moscas

en las ventanas, tan quietas como si fuesen de papel. Todo igualmente quieto, paralizado bruscamente en plena vitalidad.

La teoría del terrible rayo paralizador, llegado del extranjero, enviado por alguna potencia enemiga, empezaba a cobrar una tremenda forma en mi mente. No había otra explicación a todo aquello.

Me detuve, tras descubrir un cinematógrafo por sesiones, de los que cierran muy avanzada la madrugada, con algunas personas sentadas en sus butacas, y la proyección detenida, mostrando un fotograma congelado sobre la pantalla, con luz en el proyector, y sin que la bobina girase o la máquina proyectora funcionara. Apagué el chorro de luz proyectada, para evitar un posible incendio, al inflamarse el celuloide. En la sala, repentinamente oscura, me senté junto a una mujerzuela de la vida nocturna, que comía *pop corn*. Sobre sus muslos desnudos tenía el paquete repleto de palomitas de maíz reventado, y mordisqueaba entre sus labios muy rojos la golosina, fija su mirada en la pantalla.

—Preciosa, no sé lo que os está sucediendo a todos, ni tampoco por qué soy yo el solitario encargado de recorrer esto como si fuesen las galerías de un museo o las plantas de unos grandes almacenes, pero la verdad es que ha sucedido y, sin duda, todos vosotros sabéis de esto tanto como yo. No parece sino que yo mismo hubiera detenido el mundo para divertirme con esta situación absurda. Pero bien sabe Dios que esto tiene de todo menos de divertido. Podría robar los Bancos, las joyerías, y ser el tipo más rico del mundo, si eso me atrajese. Pero no tendría objeto hacerlo, si os vais a quedar así para siempre. Puedo tomar gratis cuanto guste, ir adonde me parezca..., pero no hay nadie que me pueda servir ni sea capaz de admirar mi fortuna, si la tomo en billetes, en oro o en joyas. Y si todo ha de volver a ser como era, yo sería sencillamente un ladrón, como cualquier otro. No, no me gustaría nada aprovecharme de todo lo que me rodea, preciosa...

Le di un cordial golpecito en las rodillas, sin que ella protestase. Su piel era tersa y cálida. No, no eran cadáveres ni cuerpos en hibernación. Eran seres humanos, vivos y normales solamente una hora antes, o poco más. Tal vez..., tal vez empezó todo a las dos menos catorce minutos. Seguía siendo la hora que veía inmóvil por doquier en cuantos relojes me era posible observar»

Salí del cinematógrafo, con la sensación desagradable de que lo mismo daba un sitio que otro, si estaba realmente solo en Nueva York... o en todo el país. O en el mundo entero, me dije, con un estremecimiento de pavor ante semejante idea.

En una calle, encontré a un delincuente armado, huyendo del acoso de un policía uniformado, que corría en pos suyo. Ambos personajes se inmovilizaron cuando el rufián iba a escabullirse por un angosto pasaje, y el agente estaba a punto de perderlo de modo definitivo.

Quité la pistola al fugitivo, y cargué con él, dejándolo apoyado en el muro, a menos de cinco yardas del policía. Si alguna vez se reanudaban las cosas tal como siempre fueron, pensé, riendo, el agente no iba a tener muchas dificultades en dar caza a su presa. Era un pequeño detalle de ciudadanía por mi parte. No esperaba que nadie me lo agradeciese.

Seguí adelante, contemplando ya los diagramas vivientes con la indiferencia de quien empieza a encontrar rutinario lo insólito. Llegué al edificio de la central telefónica, y entré, tratando de buscar alguna conexión por ese medio, con cualquier ciudad norteamericana.

Ni un teléfono respondió. Ninguna llamada surtió efecto, pero igual podía ser resultado del mutismo de aquellas centrales telefónicas de otras ciudades, como de todo el sistema de Nueva York. El fracaso no me aclaró nada. Lo que sucediera fuera de allí, continuaba siendo un absoluto misterio.

Con la sensación agobiante de mi soledad espantosa, me moví por Manhattan, preguntándome qué otra cosa podía hacer. Había probado los teléfonos de Washington, Filadelfia, Boston, Des Moines, e incluso San Francisco y Los Ángeles. Todo con resultado negativo.

Llegué a un parque público, y me senté en un banco, bajo una farola iluminada. Contemplé el agua de un pequeño estanque. Era confortante ver que algo se movía realmente, aparte de mí mismo: el suave movimiento del agua, la leve brisa agitando la hojarasca...

Pero ni un piar _v de pájaros. Ni un sonido de vida auténtica en todo el parque.

Hundí la cabeza entre mis manos. Pensé, exasperado, en busca de alguna salida a aquel cerco enloquecedor de silencio y de

inmovilidad.

De repente, algo me inspiró, y me lanzó un soplo alentador a la mente. El nombre me vino a los labios, casi con brusquedad:

—¡Yasmine!

* * *

Yasmine.

Mi compañera de viaje espacial. Yasmine Hart, la «Eva» de mi Edén cósmico. Triunfadora, como yo, en la maliciosa prueba biológica de la NASA y de sus científicos. El segundo conejito de Indias del experimento.

«Ella..., ella también estaría, sin duda, como todos los demás», pensé, llegando cerca de su vivienda, en una zona residencial del Hudson, Riverside Drive arriba. No había querido quedarse en las viviendas reglamentarias de los astronautas, sino ir con su prima Carol, a Riverside Drive. El profesor Vandenberg y la NASA no habían puesto el menor inconveniente a su petición.

Sabía su dirección. Durante tantas semanas juntos en el espacio, dos personas hablan mucho entre sí de sus cosas. Y su domicilio no podía ser un secreto para mí, como tampoco su prima Carol.

Encontré el lugar: un bello *cottage*, rodeado de jardines, a la antigua usanza. Allí habitaban las dos muchachas y el marido de su prima Carol, que trabajaba también para el Gobierno, en una oficina federal. Imaginé que el fenómeno les habría sorprendido durmiendo a todos, exactamente como a mí mismo. Sólo que ellos no habrían despertado aún.

No sabía por qué iba en busca de Yasmine ahora. Era inútil y absurdo, puesto que la situación allí era la misma que en todas partes. A la salida de un club nocturno de Riverside, había descubierto a cuatro muchachas de color, muy atractivas, acompañando a cuatro caballeros de su raza, elegantemente vestidos todos, agrupados junto al portero del local, a punto de darle la propina. Y así se habían quedado, en curioso cuadro inerte. Y eso sucedía a menos de dos manzanas de donde habitaban Yasmine y sus primos.

De modo que las esperanzas no se podía decir que fueran precisamente muy amplias, en lo que respectaba a encontrar a alguien dueño de su voluntad y de sus movimientos.

Aun así, entré en el *cottage*. Avancé por el jardín con paso firme,

sin poner cautela ni prevención en ello. No tenía objeto en las circunstancias actuales.

Me detuve en el porche. Pulsé el llamador, bajo la luz amarilla de una lámpara encristalada, que lucía en la entrada. No percibí sonido alguno. Alcé la mano para golpear con los nudillos.

Entonces sentí a mis espaldas el roce de algo en la grava del sendero. Y una mano se puso sobre mi brazo.

Una mano humana. Viva. En movimiento.

* * *

Me volví, sobresaltado, sintiendo que se erizaban mis cabellos por la impresión. Lancé un vivo grito de asombro:

—¡Yasmine!

Ella me miró larga, profundamente. Había asombro en su rostro, bajo la caperuza transparente, de fibras plásticas especiales.

—Alex... —murmuró—. ¿Tú aquí? ¿Qué estás haciendo a estas horas?

—Y tú... Tú... —la miré—. ¿Estás... estás normal, Yasmine? ¿Puedes moverte?

—Sí —afirmó, repentinamente seria. Sus ojos se dilataron. Algo parecía asustarla—. ¿Ya lo sabes?

—¿Saber? ¿El qué?

—Lo... lo que sucede. La... la inmovilidad...

—¡Claro que lo sé, Dios mío! —suspíré—. Vengo de Broadway, de recorrer medio Manhattan en bicicleta. Lo he visto todo. Es increíble. Atroz, Yasmine.

—¿En bicicleta, dijiste?

—Es el único medio de locomoción posible —la estudié, pensativo—. ¿No sabías eso?

—Cielos, no —sacudió enérgicamente la cabeza—. Vengo de casa de los Ardisson, nuestros vecinos. Están igual que Carol, igual que Harry...

—¿Ellos también? —me estremecí.

—Sí. Todos. Me asusté. Luego, vi al perro —señaló, hacia un punto en el jardín—. Está en su caseta. Tiene los ojos abiertos, pero es imposible despertarle. Los Ardisson duermen en la planta baja. Acostumbran a acostarse tarde, porque el marido trabaja por la noche, hasta la una, en un servicio de radiodifusión... Tenían la luz encendida cuando fui, y él estaba a medio desvestir. Lo vi por la

ventana. La señora Ardisson leía en el lecho. Golpeé los vidrios, llamé... Todo inútil. Allí siguen, igual siempre, sin moverse, como sorprendidos por un hechizo.

—Yasmine, pero tú... tú NO estás como todos ellos —señalé roncamente.

—No, yo no —se encogió de hombros, como si eso tuviera relativa importancia—. Supongo que muchos más estarán como tú y como yo ahora, que solamente a algunos les habrá afectado lo... lo que sea.

—No, Yasmine —negué, rotundo—. Te equivocas. Todo el mundo está así... excepto tú y yo.

—¿Qué? —palideció—. ¡Imposible, Alex!

Lo he recorrido todo. No funcionan relojes, ni motores, ni mecanismos. Nada. La gente, los animales, las aves, incluso los insectos... TODO se paralizó de repente a las dos menos catorce minutos.

Mecánicamente, Yasmine miró su reloj.

—Son las cuatro menos veinte ahora... —susurró, Casi hace dos horas, entonces...

—¿Me dejas ver eso? —tomé su muñeca, miré su reloj, montando las ajustadas, herméticas mangas plateadas de su atavío experimental. Era cierto. Su reloj, como el mío, parecía ser también uno de los dos únicos que funcionaban normalmente en todo Nueva York.

—¿Ocurre algo con eso, Alex? —se intrigó.

—Sí. Ocurre que tú, yo, y nuestros relojes, es lo único que, por ahora, funciona normalmente en este cementerio humano de millones de seres. ¿Por qué, Yasmine?

—No..., no logro entenderlo... —manifestó, aturdida, vacilante, dominada por la impresión que le producía el suceso.

—Yo, sí —afirmé, pensativo—. Hay algo que nos diferencia de todos los demás, Yasmine: los trajes.

—¿Qué?

—El experimento del profesor Vandenberg. El no debió imaginarse semejante prueba para sus nuevos atavíos herméticos, pero... nuestros trajes nos han salvado de quedar inmóviles, como el resto de los habitantes de esta ciudad.

Yasmine encajó en silencio aquel informe mío. Dio unos pasos

por el porche, preocupada. No era para menos. Me pregunté qué resolvería hacer. Volvíamos a estar solos los dos, pero no en un inmenso vacío sideral, sino en el vacío, más terrible y desolador, provocado por la inmovilidad y el silencio de millones de personas en derredor nuestro. Creo que, comparadas, esta soledad de ahora era infinitamente peor. Y más soledad.

No fue capaz de tomar ninguna iniciativa, lo cual no resultaba raro en tales momentos.

—Alex, ¿qué podemos hacer? —murmuró al fin, tomando con fuerza mis brazos con sus manos trémulas.

—No lo sé —confesé—. Lo he intentado todo. Incluso he visto al presidente.

—¡El presidente! ¿Y está...?

—Como todos. Nueva York es una especie de museo de figuras de cera, compuesto por miles de galerías y millones de modelos.

—Dios mío... —se mordió el labio inferior, sin dejar de mirarme—. Pero... hay que hacer algo...

—Claro. Hay que hacer algo. Sólo que... no sé lo que ello pueda ser, Yasmine. No conduce a nada moverles, cambiar sus posturas, gritarles o zarandearles. No reaccionan. Son como muñecos inanimados, que conservan un raro equilibrio. Todo tiene algo de fantástico, que hace bailar la cabeza más serena del mundo.

—Alex, tuvimos sangre fría para otras cosas —me recordó ella—. Debemos tenerla también ahora.

—Yo procuro tenerla, pese a todo. Lo he intentado por todos los medios. Incluso llamé telefónicamente a casi todo el país. No sé si es que todos los lugares sufren este mismo fenómeno, o que los teléfonos están paralizados en la ciudad. Lo cierto es que no viene de las líneas telefónicas ni un sonido, ni el eco de una llamada. Nada.

—Sería..., sería espantoso que otras ciudades... que todo el país...

—Yasmine, yo he pensado algo peor. He pensado que pudiera ser... TODO el mundo —murmuré, bajando la cabeza.

—¡No! —me aferró con fuerza, trató de zarandearme—. ¡Dime que eso no puede suceder en modo alguno! ¡Dime que no podemos estar SOLOS en el planeta tú y yo!

—No puedo decirte nada —suspiré. La miré, con cierta

dramática, amarga ironía en mi gesto—. Después de todo, quisieron hacer de ti y de mí un Adán y una Eva... y quizá lo hayan conseguido, a fin de cuentas.

CAPITULO V

EMPEZABA a darse cuenta de la magnitud del desastre.

Cuando vio en torno suyo la exacta situación, no atinó a comentar nada. Se limitó a apretar los labios y mantener un silencio más expresivo que todas las palabras.

Recorrimos una serie de plazas, avenidas y zonas urbanas. La miraba de soslayo, entre curioso y complacido. Curioso, por conocer lo que pensaba de todo aquello. Complacido, porque ya no estaba solo. Significaba mucho tener alguien al lado. Y aún más, que ese alguien fuese Yasmine.

Finalmente, se detuvo ante un *drug store* abierto e iluminado. Entró. La seguí. Se sentó en el mostrador, delante del rígido, petrificado empleado de servicio, que se había quedado limpiando el mostrador.

Con gran serenidad, Yasmine se sirvió un zumo de frutas. Y dispuso otro para mí. Me senté a su lado.

Bebimos en silencio. Nos miramos a través del plástico flexible y cristalino de nuestras caperuzas.

—¿Pudo ser un arma, Alex? —preguntó al fin.

Entendí su pregunta. Asentí.

—Pudo ser un arma, sí —convine.

—¿Extranjera?

—Es de suponer —me encogí de hombros—. O nuestra. Hoy en día, cualquiera puede cometer un error. Y desencadenar la tragedia.

—Si la inmovilidad continúa durante mucho tiempo, ¿qué va a suceder, Alex?

—No lo sé. Ignoro biológicamente el estado actual de cada uno de ellos. Si es una especie de vida en suspensión, pueden durar siglos así. Si no... sobrevendrá la muerte. Y la descomposición de los

cuerpos.

—Sería espantoso...

—Sería el fin, Yasmine. Nadie podría soportar el hedor de millones de cuerpos en putrefacción. Pero eso es sólo una teoría. Quizá en pocos minutos, todo vuelva a ser como era.

—No parece fácil, Alex.

—No, no lo parece —tuve que admitir, ceñudo.

Tomamos zumo de naranja en silencio. Ella parecía reflexionar sobre muchas cosas, tratando de salir de su estado de confusión actual.

—¿Crees que fueron estas ropas, Alex? —se interesó por fin.

—Estoy seguro de ello. Somos los únicos en llevarlas. Y hemos resistido.

—Pero, ¿por qué?

—No lo sé. Recuerda lo que dijo el profesor Vandenberg. Y el coronel Field, y el general Cabot... Son unos trajes experimentales. Aíslan de radiaciones exteriores, son totalmente impermeables a cualquier circunstancia externa. Lo acaban de demostrar, ¿no?

—¿Qué es lo que pudo... provocar la paralización? ¿Un gas, una radiación...?

—Para ser tan total, tuvo que existir un modo súbito y sutil de llegar a todas partes tan rápidamente. Es posible que sea un gas diluido en la propia atmósfera terrestre. Eso haría que se extendiese, en cuestión de minutos, en torno a todo el planeta.

—Aún no sabemos si, fuera de Nueva York, las cosas están igual. Si en el resto del mundo se produce el mismo efecto...

—Tiene que haber un modo de averiguarlo. Probaremos por otros medios que no sea el teléfono. Tú hablaste de tu vecino, el señor Ardisson. Se dedica a la radiodifusión. La radio puede ser un medio. Pero siempre que no hayan resultado afectadas también por esa paralización mecánica que afecta a los sistemas eléctricos y de todo tipo.

—¿También un gas puede actuar sobre los ingenios mecánicos del hombre? —dudó ella.

—No es fácil —convine, arrugando el ceño—. Podría suceder que... que fuese una radiación, a fin de cuentas. Pero eso no debe preocuparnos ahora. No podemos combatir lo que desconecemos. Hagamos lo único lógico y razonable en esta situación: intentar

comunicar con el exterior, pedir ayuda, si todo funciona normalmente en el resto del mundo. Es todo lo que está en nuestras manos... en el mejor de los casos, Yasmine.

—¿Cómo podremos intentarlo, Alex? ¿Desde dónde?

—Tengo una idea; el Cosmódromo, Yasmine.

* * *

La bicicleta nos condujo a ambos a la gran base espacial situada al sudoeste de Nueva York para la llegada de aeronaves del espacio, desde que los viejos sistemas de amerizar y de caer al azar en una amplia zona previamente señalada, quedaron superados por las actuales precisiones de la técnica astronáutica.

El Cosmódromo, ya situado a algunas millas de la ciudad propiamente dicha, en una amplia zona de Nueva Jersey, nos reveló que, desgraciadamente, la cosa parecía mucho más extendida y generalizada de lo que hubiéramos deseado.

En la campiña pudimos encontrar, animales de granja completamente inmóviles en sus recintos, ningún vehículo circulando por las autopistas, y coches parados por doquier, con viajeros en las más variadas y curiosas situaciones, desde la joven que practicaba *autostop*, parada junto a un vehículo, con su falda pícaramente levantada, hasta la pareja que había sido sorprendida por el fenómeno de la inmovilidad en una situación algo escabrosa en el compartimento de su coche aparcado.

Ni un ave, ni un animal con vida, ni un sonido en las viviendas campestres. Por eso cuando llegamos al Cosmódromo, no nos sorprendió su silencio absoluto, su increíble abandono. Grandes pistas vacías, aeronaves y hangares desiertos, edificios iluminados y silentes... Un vasto cementerio moderno. Pero un cementerio sin cadáveres. Sólo con figuras rígidas, como maniquíes, de tiempo en tiempo: guardianes armados, de casco y arma de fuego, como control de seguridad en la zona, mecánicos y técnicos de los hangares, con sus «monos» de vivo color y el distintivo de la NASA... Empleados, pilotos, astronautas, expertos y programadores de cibernética...

El vasto complejo electrónico de la base, parecía reducido igualmente al silencio total, a la inmovilidad más absoluta. Allí dentro nada funcionaba. Yasmine y yo nos miramos sin despegar los labios. Nos sentíamos dominados, subyugados por la densa

atmósfera que provocaba aquel fenómeno alucinante.

Sentí que la mano de ella oprimía con fuerza la mía, y ésta fue toda la señal de su emoción interna ante los hechos. Le sonreí, alentador.

—Calma —musité—. Es posible que logremos hacer funcionar algún sistema de comunicación. Todo no puede estar averiado, inutilizado...

Me hubiese gustado sentir realmente la seguridad que expresaba en mis palabras. Pero mentalmente, estaba repasando los hechos, y sabía positivamente que un emisor de radio es eléctrico, bien por medio de la red, bien transistorizado y por energía propia acumulada. Si aquello, lo que fuese, era capaz incluso de parar relojes, no había muchas dudas sobre la certeza de que tampoco funcionarían transistores, baterías, acumuladores ni nada que significase una forma de energía capaz de dar movimiento a algo. Y lo mismo sucedía con respecto a los receptores.

Los tableros de control de vuelos espaciales estaban paralizados. Se veían las cifras de un verde luminoso, en las grandes pizarras magnéticas. Pero eran datos y nombres de vuelos que tenían lugar por el espacio, registrados antes del suceso. Un gran reloj electrónico, de precisión, marcaba la una, trece minutos y cincuenta y ocho segundos, con algunas décimas. La hora en que todo comenzó. O todo acabó, para ser más exactos.

—El fin del mundo no puede ser así —dijo inesperadamente Yasmine, mirándome preocupada. Meneó la cabeza—. No, no puede ser. Nunca se pensó que se pareciese a esto...

—Pero esto es la pura realidad, Yasmine. Vamos. Quisiera ver lo que ha sido del profesor Vandenberg y los demás, si es que estaban aquí...

Estaban allí, ciertamente.

El profesor se había quedado inmóvil, contemplando como hipnotizado una pantalla televisora, en la que ahora no había nada. En una cámara vecina, el general Marius Cabot dormía apaciblemente en una litera, tapado hasta el arranque de su blanco cabello. Pero su sueño era rígido, como petrificado. Ni siquiera debió enterarse de lo que ocurría. Cansado de trabajar, se había despojado de su guerrera, que colgaba de una silla. La temperatura, ahora, en la cabina, era calurosa, pero yo recordaba que, en

circunstancias normales, la climatización en la Base era excelente.

El coronel Arnold Field había sido sorprendido escribiendo sobre un cuaderno de apuntes una serie de datos técnicos sobre los vuelos espaciales y sus particularidades estratégicas de interés puramente militar.

Me incliné, con cierta curiosidad, y casi me arrepentí de ello en el acto. El cuaderno llevaba en su parte superior un sello estampillado en rojo:

. «TOP SECRET»

No quería descubrir secretos militares, ni siquiera ahora. Eran cosas que afectaban solamente a quienes tenían que garantizar la seguridad de la nación, y por tanto, no me interesaban lo más mínimo. Enterarse de ellos, en cierto modo, era como traicionar las normas más elementales de ciudadanía y de honradez. Conocer un alto secreto, puede ser un desastre, incluso involuntario. Desde que existen las drogas o sueros de la verdad, y se perfeccionaron inventos electrónicos como el «revelador mental», para el cual, en teoría, no existían secretos que supiera arrancar de una mente humana, mediante un proceso de lectura de pensamiento y anulación de la voluntad temporalmente, cualquier persona que conozca algo de vital interés para su país, es un peligro latente para ese mismo país, por muy fiel y patriota que sea.

Aun así, algo pude leer, por encima, en el documento que rellenaba el coronel Field, del Pentágono, adscrito a Observación Militar dentro de la NASA.

Hablaba de las grandes reservas de nuevos minerales, procedentes de vuelos interplanetarios, especialmente productos obtenidos en las piedras traídas desde Marte y Venus, en las que había una materia cien veces superior al uranio, en propiedades y en valor. La cantidad de mineral extraterrestre de tal naturaleza, almacenado por la NASA, parecía preocupar a los militares por su altísimo valor material y científico. E incluso como posible fuente de energía para nuevos ingenios y armas.

Ahora todo eso había perdido virtualmente todo su valor, cuando menos de momento. Ni los minerales almacenados, ni el «Top Secret», ni todo cuanto era cuestión de seguridad nacional, parecía tener gran importancia en un momento en el que los seres humanos eran simples figuras decorativas, inmovilizadas por algún

hechizo infernal.

Y si el resto del mundo estaba igual, desgraciadamente, no había ya nada que temer de nadie.

—Vamos, Yasmine —dije a mi compañera—. Aquí tampoco hay nada de particular. Ni nadie puede ayudarnos. Todos reposan en su letargo actual. No ha sido respetado *i* nadie. Ni siquiera los científicos que, quizá inconscientemente, lo provocaron...

Pasamos a las dependencias experimentales de la Base. Un rótulo, sobre una puerta metálica, atrajo mi atención. Sabía que allí era el profesor Vandenberg amo y señor de todo cuanto se manipulaba, y que nada escapaba, en aquellas dependencias, a su control.

El rótulo era nuevo, recién pintado, en realidad:

«GUARDARROPA EXPERIMENTAL ZH22»

Debajo, la consabida indicación, prohibiendo el paso a toda persona ajena a la Base y, particularmente, a la no autorizada por el Departamento de Experiencias Científicas de la NASA, en el Cosmódromo Atlántico.

No hice mucho caso de prohibiciones. Yasmine y yo entramos resueltamente. Los cierres magnéticos de seguridad de las puertas no funcionaban en absoluto. También habían sido afectados por el invisible poder que detuvo la vida en la ciudad y, quizá, en todo el país.

Nos encontramos en una cámara iluminada en rojo suave. Hacía mucho calor ahora, a causa del fallo de la climatización. Se alineaban a un lado una serie de ropajes como el mío y el de mi compañera para ambos sexos, dentro de bolsas plásticas asépticas, esterilizadas.

Los trajes estaban rigurosamente numerados, con cifras fluorescentes. Observé que faltaban los números 1 y 2 en el principio, y dos indicadores plásticos marcaban dos nombres, que eran los nuestros:

ALEX TAYLOR YASMINE HART

Recorrí con la mirada la hilera de trajes herméticos. Tal vez a mucha gente le hubiera ido bien vestir así. Pero sólo nosotros habíamos sido elegidos por el azar, al ser los designados por el profesor Vandenberg para llevarlos durante veinticuatro horas.

No, no eran sólo los nuestros los que faltaban. Vi un hueco.

Saltaba allí la numeración fluorescente, desde el 7 hasta el 12. Y no se indicaba quiénes se llevaron tales prendas de la cámara. Era posible que no estuvieran hechos, o sufriesen alguna avería. Pero descubrí, tiradas en el suelo, a jirones, unas bolsas plásticas, de las que contenían tales trajes herméticos.

—Es raro —comenté.

—¿Qué es lo raro? —se interesó Yasmine.

—Todo eso. El profesor sólo designó dos cobayas: tú y yo. No había más experimentos por ahora. Y faltan los trajes números ocho, nueve, diez y once. Cuatro, exactamente. Ahí no dice a quiénes fueron entregados.

—¿Eso tiene alguna importancia?

—No lo sé. Se los llevaron muy apresuradamente, de eso no hay duda. Mira los plásticos a jirones. Son bolsas especiales para preservar de bacterias y microorganismos a los trajes. No hay por qué romperlas tontamente. No se hacen así las cosas en este Departamento.

—Lo sé tan bien como tú —suspiró ella, meneando su atractiva cabeza—. Pero eso, fuese como fuese, sucedió antes de que todo esto quedara como está. Tuvo que ser así, ¿no es cierto?

—Claro. Dándose la circunstancia de que sólo se sobrevive con esta indumentaria, sobre eso no parece haber ninguna duda. Pero también nos ofrece una posibilidad insospechada hasta ahora, Yasmine.

¿Y es...?

—La de que hay otros cuatro seres que llevan un atavío como el nuestro y, por tanto, tienen que haberse librado de la inmovilidad de los demás.

Segunda Parte

EL MAL QUE LLEGO DEL CIELO

CAPITULO PRIMERO

MI reloj marcaba las cinco y media de la mañana. Estaba empezando a amanecer.

Yasmine preparó una taza de café para cada uno en la cafetería del personal de la Base, tras franquear la puerta, cerrada durante la noche. Renunció a hacerlo en la máquina automática, porque no respondió ésta a sus esfuerzos.

Con café en polvo, soluble, y agua calentada en un vulgar fogón de gas, hizo las dos tazas, y preparó pan con huevos y tocino. Necesitábamos un refrigerio, según ella, aunque ninguno de los dos teníamos el menor apetito.

Pudimos comer, a pesar de lo incómodo que resultaba con la caperuza plástica, cuya abertura especial, adhesiva, para ingerir alimentos y líquidos, despedía, al abrirse, una vaporización hacia el exterior, que formaba una especie de pequeña zona de seguridad, infranqueable, en torno al hueco de la boca. Vandenberg había pensado en todo. Ningún virus, ningún microorganismo, ninguna radiación o elemento exterior, podía traspasar aquella vaporización de seguridad. Seguíamos inmunes a cuanto viniese de afuera. Especialmente, al misterioso fenómeno paralizante.

Contemplé el exterior, las luces del alba, más allá de las amplias pistas para las astronaves de energía nuclear, que no precisaban de las inmensas torres de lanzamiento ni de la energía liberada cuando los tiempos iniciales de la conquista del espacio, allá en Cabo Cañaveral.

—Un nuevo día... —murmuré—. ¿Se terminará la pesadilla con la salida del sol?

—Este no es un cuento de terror, Alex —me recordó ella, con amarga sonrisa, sentada frente a mí, en la solitaria cafetería—. Aquí

no hay vampiros que se conviertan en polvo, bajo la luz solar. Sólo hombres, mujeres y animales domésticos. Todo ello formando una especie de gigantesco grupo escultórico inanimado.

—Sí, maldita sea —rezongué—. Ya sé todo eso... Pero los malos sueños terminan también con el día. Me preguntaba si esta vez sería igual. Hay que tener una esperanza de que, de un modo u otro, toque a su fin lo que está sucediendo.

—Nada hace presagiar que las cosas cambien —suspiró Yasmine, con un sentido filosófico de la situación, muy encomiable. Me señaló al exterior—. Mira a aquel gato. Y al mecánico, Alex.

Ya los había visto antes, pero volví a mirarlos. Estaban allá afuera, ante una de las pistas. Sin duda, venían de un hangar. El mecánico llevaba en una mano una publicación deportiva. En la otra, una botella plástica de leche. Tras él debía ir el gato, quizá por fidelidad a la persona conocida, quizá atraído por el recipiente de leche.

Ambos formaban un perfecto cuadro, y nada más. No se movían, no pestañeaban, no sentían. Eran como dos figuras de cera, extraviadas por algún museo. El pelo del gato estaba erizado, eso sí. Y erectos sus bigotes, como si hubiese presentido u olfateado algo antes de sufrir la paralización total. Otra vez pensé en el raro instinto de los animales, que les hizo prever lo que nosotros jamás llegamos a sospechar, ni de lejos. —Sí, te entiendo —admití con voz ahogada—. Todo sigue igual. Pero cuando vuelvan a la normalidad, será algo repentino, súbito. O no sucederá nunca...

—Alex, lo intentaste todo con ese emisor de radio transistorizado. Y no resultó.

—No, no resultó. No hemos captado nada, en absoluto. Ni nadie puede oírnos. Las baterías están descargadas, los circuitos eléctricos no funcionan... Pero existe algo más, Yasmine. Algo que me preocupa mucho. —¿Qué es?

—Nadie viene a ver lo que sucede. Si el mundo vive normalmente, es ridículo que, ante el silencio total de una ciudad como Nueva York, no se sorprendan y acudan aquí... Si es todo el país el que está así, todavía con más motivo veríamos algo: un avión procedente de otro país, un vehículo, el que fuese, viniendo a investigar. Nadie viene. Nadie parece saber nada. Quizá porque... porque no hay nadie.

Permanecemos silenciosos. Apuramos el café. Me sentí mejor, aunque sólo había tomado la mitad de mi plato de comida, y Yasmine, todavía menos.

—Alex, hablaste antes de... de aquellos trajes, ¿recuerdas? —mencionó ella.

—Sí —asentí, preocupado—. Sigo opinando igual.

—¿Hay cuatro personas vestidas como nosotros?

—Seguro, sí.

—Entonces... ¿entonces se mueven en alguna parte de la ciudad!

<

—Así debe ser. O en alguna parte de esta base.

—No hemos visto ni oído a nadie...

—Lo sé. Pero el cosmódromo es muy grande. Quizá tengan miedo ante lo sucedido, y se hayan ocultado para eludir su encuentro con nosotros.

—Aun así, deberíamos hacer algo por encontrarlos. Seis personas juntas pueden hacerse mutua compañía, intentar algo más que buscar, buscar y buscar en vano una solución imposible...

—Conforme. Hay que encontrarlos. Yasmine, vamos a hacer una cosa. ¿Qué tal si nos separamos, buscamos cada cual por una zona de este área restringida y nos reunimos de nuevo... pongamos aquí, en la cafetería, dentro de una hora, si no hemos encontrado a nadie? Y si es así, el que establezca contacto con esos cuatro personajes salvados del peligro que ha paralizado a todos los traerá aquí consigo, a esperar al otro. ¿Conforme?

—Conforme, sí —asintió ella, muy animosa. Nos dispusimos a ir cada cual por un lado, separándonos siquiera fuese momentáneamente. La miré, oprimiendo su brazo con calor. —¿Tienes miedo? —pregunté.

—¿Miedo? No, ¿por qué había de tenerlo? Ellos... ellos están todos convertidos en simples estatuas humanas. No hay nadie que pueda hacerme daño.

—Pero sí hay *algo* que puede dañarnos a ambos —le recordé. Miré, aprensivo, en torno mío, como si me rodeasen millones de monstruos invisibles, más feroces y temibles que las bestias capaces de ser imaginadas por un loco borracho en sus delirios—. Algo que está aquí, en el ambiente, en torno nuestro, rozándonos acaso... Algo capaz de convertir a los humanos en simples monigotes

rígidos...

—No temas —sonrió—. No pienso despojarme de mi protección, por nada del mundo, Alex. No me ocurrirá nada.

—Es que... no sólo pensaba ya en el hecho de inmovilizarnos, sino en algo que pudiera haber. Algo más, no sé... Todo esto es tan anormal, tan extraño, tan inquietante... La fuerza capaz de paralizar a toda una ciudad, quizá a todo un país, acaso a todo un planeta, puede ser también capaz de aniquilar a quien pretende rebelarse, resistiendo su ataque solapado, y causarle algún otro daño insospechado. Recuerda que ni siquiera sabemos *qué* es lo que ha provocado todo esto...

Yasmine volvió a sonreírme. Con expresión decidida, sacudió la cabeza, y se encaminó a la salida, resuelta a todo. La seguí.

Nos separamos, con una firme presión de nuestras manos unidas, y una mirada final. Tuve miedo cuando la vi partir hacia los silenciosos hangares, bajo la lívida luz matinal. No sé por qué, pero tuve miedo.

Por ella, y por lo que podía suceder allí. Hacía poco tiempo había tenido una rara impresión dentro de la cafetería. La impresión de que nos vigilaban.

No había querido decírselo a ella, por no inquietarla, pero..., durante unos instantes, estuve totalmente seguro de que *alguien* o *algo* nos acechaba desde el exterior.

¿Tal vez la fuerza diabólica que detuvo la vida humana súbita y brutalmente era capaz también de... de espiar, de vigilar, de tener vida e inteligencia propia, la suficiente para acechar a quienes aún no habíamos caído en su extraña y fantástica tela de araña?

La idea era inquietante, casi absurda. Pero también todo lo demás lo era, y sin embargo, estaba sucediendo.

La *cosa* con que sabía que me estaba enfrentando ahora sordamente, en un esfuerzo por comprender, por llegar al fondo mismo de la naturaleza de aquel enigma, podía ser infinitamente fuerte y poderosa, ya fuese una radiación, un gas, una energía o... o lo que quisiera ser.

Pero, cuando menos, quería conocer *QUE* era. Sólo eso, para saber a qué atenerme.

Inicié mi búsqueda por mi lado. También aquellos cuatro trajes herméticos, sin saber la razón, me preocupaban profundamente.

Significaban cuatro vidas a salvo, cuatro personas que, de no cometer algún error imperdonable, estaban a cubierto de todo riesgo.

Pero... ¿dónde estaban esas personas, quiénes eran, y cómo llegaron hasta los trajes especiales de experimentación, ANTES de que el peligro existiera?

Eso me intrigaba profundamente. También el *por qué* lo hicieron, con tal precipitación, que rasgaron las bolsas especiales para resguardar asépticamente los atavíos, lejos de cualquier tipo de contaminación.

Las cosas no estaban muy claras al respecto. Y eso, para mí, era un motivo más de inquietud. Quizá porque, en el fondo, seguía pensando en la tremenda posibilidad de que aquello obedeciese a un ataque del exterior contra nuestro país.

O un ataque de Otros espacios, contra el planeta Tierra, acabé pensando, con un repentino pesimismo que a mí mismo me sorprendió.

* * *

Nada. Nadie.

Resultado negativo de mi pesquisa. No encontré , nada. Ni a persona alguna. El destino de los cuatro trajes plateados parecía ser un misterio de insoluble naturaleza.

Me paré en medio de la sala de computadoras y lectores magnéticos de la gran torre central del cosmódromo, adonde me había llevado mi búsqueda insistente y fríamente metódica.

En medio de aquellos ingenios de la cibernética, habitualmente zumbando en un creciente ritmo de actividad, a pleno funcionamiento, haciendo girar los tambores de grabación, registrando datos, almacenando claves, cifras, referencias, computando programas complejos, llenando las «memorias» de las máquinas con millones de informes y de consultas, de fórmulas, de registros, de cálculos, de lecturas y fichas, me quedé pensativo, admirado del tenso, anormal silencio que ahora me rodeaba. Tambores quietos, máquinas silentes, cuadros y tableros de parpadeantes luces cambiantes, ahora convertidas en una sola luz monocorde, igual, invariable...

Reflexioné, ceñudo, preocupado. Lleno de contrariedad y decepción, justo es admitirlo. Intensamente intrigado por la serie de

oscuros baches que quedaban por resolver todavía.

—Los personajes vestidos como Yasmine y como yo no aparecen. Los trajes, tampoco. Y prendas de esta calidad y valor no se extravián dentro de un recinto como éste así como así —medité en voz alta—. Y menos, bajo el control de una persona tan metódica, calculadora y cuidadosa como el profesor Rufus Vandenberg... Luego está el control militar del coronel

Field, del general Cabot... Esos hombres no pasarían fácilmente por alto nada de cuanto pudiera afectar a la seguridad de los elementos de experimentación alojados aquí. Especialmente, el coronel Field, directo responsable del «Top Secret» de muchas operaciones que aquí se realizan. Y el general Cabot, como asesor de Astronáutica Militar del Gobierno, en el programa espacial civil, por sus especiales características, que le hacen de interés nacional, y pueden afectar, en el futuro, de modo positivo, a la seguridad del país... No, no tiene sentido que se hurten esas piezas tan valiosas en período experimental. Y menos aún, que sus poseedores no den señales de vida. Tienen que habernos sentido, haber captado ruido de nuestros pasos, de nuestras voces, tienen que haber *oído* ruidos, como cierre de puertas, golpes, movimientos. Yo no me oculto, no actúo con sigilo, porque no tendría objeto, en esta situación, ni tan siquiera franqueando puertas prohibidas a los astronautas y a los reporteros gráficos de la NASA, como soy yo en realidad... Nadie puede sorprenderme, porque todo el mundo permanece en su extraño sueño de suspensión vital.

Dejé de hablar para mí mismo, siguiendo el hilo de mis propios pensamientos de viva voz. Eso no conducía tampoco a nada, salvo a dar vueltas y vueltas a una misma cosa, con la ciega obstinación con que un pollino lo haría, en viejos tiempos, en torno a una noria.

Pero algo había de cierto. Mis ruidos o los que produjera Yasmine, forzosamente habían de ser captados por alguien, si alguien había en estado normal dentro de la base.

Pero yo no había oído nada. Por tanto, o no había nadie, o los demás actuaban con todo sigilo, pese a la falta de sentido que eso parecía implicar en el actual trance.

Era para volverse loco. Y opté por no seguir pensando. Actuar era lo mejor. Salí de la cámara de computadoras y mecanismos electromagnéticos, auténtico gran cerebro de la central espacial de

New Jersey.

Volví a la zona de experimentación, porque al consultar mi reloj vi que eran solamente las seis y diez minutos. Faltaban veinte minutos más para la hora señalada con Yasmine, en la cafetería de abajo, al otro lado de la pista seis de partida de aeronaves ligeras, de reacción iónica.

El profesor Vandenberg, lógicamente, continuaba como antes. Mirando sin ver la pantalla visora. Pestañeé. Era curioso aquello. Había algo raro allí, sí.

Si alguna cosa no había sufrido prácticamente alteración durante el fenómeno, ese algo era la luz en sí, eléctrica o no. Los motores y mecanismos no funcionaban. Pero la energía luminosa se mantenía intacta. Sin embargo..., la pantalla del televisor estaba apagada. No tenía luz.

No era un televisor propiamente dicho, aunque sí una pantalla electrónica. Pertenecía a la computadora en que trabajaba personalmente el profesor. Había en el apacible gesto del científico como una cierta sombra de extrañeza, de perplejidad repentina, que se petrificó con él y con su gesto al llegar «aquello».

Me incliné. Pulsé una tecla, justo al lado de donde veía apoyada la mano de Vandenberg.

La pantalla se iluminó con su luz intensa, sobre la que destacaban líneas verdes, escritas. Trazos magnéticos, paralizados en la última proyección de la computadora. ¿Por qué se habían apagado luego?

Leí aquel texto, un auténtico mensaje emitido por la computadora:

«Radiaciones extrañas. Interferencias antimagnéticas destructoras. Se transmiten velozmente. Muy velozmente. Peligro de paralización vital absoluta. Todo mecanismo, todo sistema de acción, mecánica, eléctrica o animal, toda fuerza motriz, va a...»

Ahí se interrumpía el mensaje de la computadora. No había llegado a registrar más. Sin duda, se paralizó antes. La máquina... y el hombre.

Pero allí quedaba la clave: radiaciones, interferencias antimagnéticas... destructoras. Toda fuerza motriz, todo sistema de acción vital..., PARALIZADO. El final del texto electrónico era fácil de deducir: «Toda fuerza motriz va a detenerse en seguida». O quizá

iba a marcar un tiempo en segundos y décimas de segundo. Un tiempo que se agotó.

—Cielos... —murmuré—. ¡El profesor supo lo que iba a suceder, justo unos momentos antes! Sin duda, sus aparatos captaron algo, él quiso averiguar lo que ocurría, y consultó a la computadora. Esta, fríamente, informó. Y no dio tiempo para más.

Era un descubrimiento, después de todo. Vandenberg sospechó algo que no pudo evitar oportunamente. Contra lo que no pudo defenderse siquiera.

Ahora sabía que eran radiaciones. Pero ¿de qué tipo? Por desgracia, no podía hacer preguntas a la computadora. Aquella maravilla de la electrónica estaba tan quieta y tan dormida como los seres humanos con los que me tropezaba constantemente.

Pasé por el dormitorio del general Cabot. Seguía allí metido, por supuesto, con su blanco cabello asomando bajo la almohada. Quizá se cubrió tanto porque notó alguna cosa.

En aquellas tareas, de servicio nocturno, se acostumbraba a dormir vestido. Y si se quitó la guerrera porque tenía calor, no encajaba que se cubriese con la sábana hasta la cabeza. Eso podía significar que allí se percibió más claramente el fenómeno y sus iniciales consecuencias...

Dejé a Cabot, a Vandenberg y a Field, inclinado sobre su libro de apuntes, y salí a los largos corredores del encristalado edificio de la base, por el que mis pasos resonaron larga y huecamente, sin disimulo alguno.

Asomé a las grandes vidrieras. Las pistas del cosmódromo aparecían ya bañadas en una tibia, dorada luz solar. El día avanzaba a pasos agigantados sobre un mundo callado y quieto como nunca lo estuviera.

Repentinamente, parpadeé. Lamenté, con una imprecación, que me deslumbrase ahora el disco solar, levantándose allá en el horizonte del Atlántico.

¡Algo se había movido entre los hangares, frente a mí!

Algo... o *alguien*.

Fue como un breve destello metálico. Podía ser el traje metalizado, color aluminio, de Yasmine. Sí, sin duda era ella. Abrí el ventanal, asomando mi cabeza al nuevo día, quieto y luminoso, de despejado cielo azul, que invitaba a quitarse la molesta aunque

ligera escafandra en forma de caperuza, para respirar a pleno pulmón el aire matinal. Pero no quería ser como la esposa de Lot, en su huida de Sodoma y Gomorra. No me convertiría estúpidamente en estatua.

—¡Eh, Yasmine! —grité, con voz potente, que el sistema fonético de mi traje amplió con fuerza—. ¡Yasmine, responde! ¿Eres tú? ¿Estás ahí? ¡Yasmine!...

No se movió nadie entre los hangares. Yasmine no respondió. Sin saber por qué, me sentía profundamente inquieto. En mi pecho palpitaba mi corazón violentamente. Miré a todas partes, sin ver nuevas señales de vida.

Esta vez sí sentí auténtico miedo. Y no porque temiera la presencia de nadie cerca de mí. Cualquier ser viviente que pudiera hallar sería un auténtico consuelo, por muy adversario mío que pudiese resultar.

Pero el ignorar, el desconocer lo que sucedía en torno, lo que significaba aquel fugaz movimiento de algo vivo allá afuera... El desconocimiento del posible peligro que me acechaba, en el silencio fantástico de la mañana sin vida humana en la superficie terrestre, era más temible que todo lo conocido, por malo que ello fuese.

Descendí, pese a todo. No me molesté en empuñar arma alguna, ni en obtener una de los arsenales militares de la base. No tenía objeto. Lo que yo temía no era humano. No podía serlo. Aunque el diablo me llevase, si tenía idea alguna de lo que podía ser en realidad.

Alancé la cafetería.

Miré adentro, empujé la puerta vidriera, deambulé entre mesas y asientos, hasta el mostrador, donde aún reposaban nuestros platos de alimento y nuestras vacías tazas de café.

Me lo había temido. Eran ya las seis y media. La hora convenida.

Pero de Yasmine, ni el menor rastro.

—¡Yasmine! —llamé, aunque sabía que era completamente en vano—. ¡Yasmine, responde!

No podía hacerlo. No estaba en la cafetería. Volví a salir, enfurecido, lleno de cierta virulenta ira. Una ira que no lograba cerrar mi mente a cualquier fría reflexión, si ella era precisa. Pero que, desgraciadamente, sí dominaba mis sentimientos en ese momento.

Ahora creía saber algo, repentinamente. Algo que, hasta entonces, nunca había sucedido. Algo sorprendente para mí.

Sabía por qué tenía miedo, cuando menos.

No era por mí. No era por mi suerte futura.

Era por ella. Por Yasmine.

Yasmine me preocupaba. Me inquietaba. Me causaba terror la sola idea de imaginar que pudiese sucederle algo por culpa mía...

—¡Si nunca hubiese vuelto aquí, y menos con ella! —me reproché, mascullando entre dientes, con disgusto—. ¡Si no hubiera ido a buscarla a casa de su prima Carol anoche...!

Pero era tarde para rectificar todo eso. El posible mal estaba hecho. Ella podía correr peligro. Grave peligro. No sabía cuál, pero un peligro.

Corrí a través de los desiertos, inmensos terrenos lisos, iluminados por el sol. Las pistas de aterrizaje y despegue, con sus rampas pronunciadas, apuntando al cielo, desde las cuales eran lanzadas las vertiginosas formas de las naves del espacio.

Me sentía tremendamente solo en aquella inmensidad vacía y silenciosa, a pesar de mis gritos, que, débiles en comparación con el ámbito enorme del cosmódromo, se perdían en la mañana como el simple chirrido de un miserable insecto.

—¡Yasmine! ¡Yasmine! ¡Responde, Yasmine! ¿Dónde estás, Yasmine!

Nada. Ni una voz. Ni un sonido, salvo el eco mismo de mis gritos, rebotando en los armazones metálicos de las rampas, en los muros de vidrio y aluminio, en los hangares de metal ondulado, en todos los muros que me rodeaban en torno, perdido en aquella inmensidad llana de las pistas grises.

Y mi voz se elevó ahora, con mayor potencia, camino de los hangares:

—¡Yasmine, responde! ¡Es inútil que se oculte quien sea, si pretende con ello engañarme! ¡Sé que hay alguien aquí! ¡Sé que existen otras personas en el cosmódromo, que se mueven y actúan como puedo hacerlo yo! ¡Responda quien sea, sin temor alguno! ¡Vamos, pronto, quiero y exijo una respuesta! ¡O soy capaz de hacer volar todo esto por los aires!

Me detuve, jadeante, ante las edificaciones metálicas de los hangares donde se encerraban los vehículos del espacio, unos

prestos a salir en cualquier momento, otros recién llegados, como nuestra cápsula, y los más en período de revisión o construcción minuciosa.

Miré las puertas, herméticamente cerradas todas. Había como una docena de ellas, todas idénticas, deslizantes. Tras cada una, un vehículo del espacio. Y, quizá, en una de las mismas, agazapado, el enemigo que yo presentía, sin saber cuál ni de qué naturaleza...

Me decidí. Bruscamente, caminé hacia una figura inmóvil, rígida: uno de los guardianes de la Fuerza de Seguridad del cosmódromo. Casco de acero, distintivo azul en el uniforme gris, arma automática al brazo... y granadas explosivas en el ancho cinturón.

Adelanté la mano. Tomé el arma automática. La aferré con fuerza en mi mano zurda. No contento con eso, moví ahora la diestra, en busca de las granadas especiales, de explosivo plástico, muy poderoso y concentrado, pese a la pequeñez de sus recipientes...

Entonces sucedió.

Evidentemente, para alguien, yo iba a llegar demasiado lejos, y empezaba a hacerme peligroso.

Tuvieron que actuar. Dar la cara. Salir de la sombra.

—No, señor Taylor. No lo haga, o es hombre muerto. Su traje especial no va a librarle de las balas perforantes de mi arma. Sería una locura, ¿no lo cree? Aparte la mano de esos explosivos. Y tire el fusil automático. Es una orden, recuerde. Si trata de desobedecer..., le mataré.

Sabía que hablaba en serio. Era una voz de hombre. Fría, dura, acerada. Llena de seca y contundente autoridad. Solté el fusil automático. Aparté mis dedos crispados de la vecindad de los explosivos colgados del cinturón de aquella estatua rígida que era el vigilante militar, quieto ante los hangares, tan inútil ahora como una figura de mármol.

Y me volví, deseando conocer a mi interlocutor.

CAPITULO II

NO me sorprendí mucho.

Vestía como yo. Eso siempre lo había previsto. No podía ser de otro modo. El sol arrancaba un brillo plateado de aquella indumentaria de plástico aluminizado, con una aleación y unos productos especiales, obra de Vandenberg, para hacerlo impermeable a toda acción exterior..., menos las balas perforantes, que podían atravesar el acero como si fuesen rayos láser.

Lo curioso es que, bajo la caperuza plástica que envolvía su cabeza, el rostro me resultó grotesco e irreconocible. Y había una clara razón para ello, que además daba a su voz un raro tono ahogado, ronco: llevaba una especie de máscara de nylon adherida a la faz, deformándola. El cabello era muy liso, negro y aplastado. Tal vez una peluca, pensé, sorprendido por todo aquello.

—Bien —dije fríamente, alzando mis brazos lejos de mi cuerpo, para no darle pretexto alguno que le permitiera disparar, aunque tuve la desagradable y repentina sensación de que no necesitaría pretexto alguno para coserme a balazos perforantes, si así lo quería, en cualquier momento—. Ya me tiene. Y ya dio usted la cara... o lo que sea eso que lleva bajo la caperuza, señor...

—Equis —rió, sarcástico, con su singular voz ronca—. Digamos que soy el «señor Equis». Un nombre corto y fácil.

—Y que a nada compromete —señalé, agresivo.

—Exacto, señor Taylor —me contempló con unos ojos que, pese a todo disfraz, sí eran bien visibles. Duros y fríos como dos trozos de metal punzante, clavados en mí—. Veo que es un perfecto entrometido. Y bastante listo, además.

—¿Dónde está Yasmine? —repliqué.

—No se preocupe por ella. Está bien.

—¿A qué le llama usted «estar bien»? —señalé al soldado inmóvil—. Ellos, todos, también están bien. O lo parecen. ¿Es usted responsable de todo esto?

—¿De la inmovilidad general? —sentí su ronca carcajada—. ¡Cielos, no! No llega a tanto mi poder, señor Taylor.

—Usted me conoce muy bien, a lo que veo. ¿O se lo ha dicho Yasmine, si la tiene prisionera?

—Ella pudo decirlo. Pero no hacía falta. Un héroe del espacio siempre es fácil de identificar, aun con estas ropas.

—Usted, no. No es fácil de identificar, «señor Equis».

—Ni pretendo serlo. Hablemos de usted. ¿Por qué se ha metido más allá de donde debía? Este no es asunto que le incumba.

—Me incumbe Yasmine. Y me incumbe la Humanidad, como miembro de ella, si algo puedo hacer en su beneficio. ¿A usted no?

—El más importante soy yo. La Humanidad me tiene perfectamente sin cuidado, señor Taylor. Yo, en su lugar, me hubiese dedicado a desplumar Bancos. ¿Se imagina lo fácil que es amasar una gran fortuna?

—¿Es lo que ha hecho usted, quizá? —repliqué, sarcástico.

—No. Yo no desplumo Bancos. Es vulgar y torpe. El dinero, con ser algo, no lo es todo. Nunca ambicioné excesivamente el dinero, quizá porque tampoco tuve nunca problemas de ese tipo. Es algo diferente y más embriagador lo que anhelo, señor Taylor.

—¿Qué, «señor Equis»?

—Poder.

—Poder... ¡Es ridículo!

—¿Usted cree?

—Ridículo por completo. ¿De qué sirve ahora todo el poder del mundo? ¿Ha visto las calles, las gentes, los caminos, los pueblos...?

—Lo he visto, sí. Y sé, además, lo que sucede. No sólo aquí.

—¿En todo el país? —pregunté, tenso.

—EN TODO EL MUNDO —me informó, escueto.

—¡Oh, no! —sentí que todas mis esperanzas me abandonaban repentinamente. Luego, le miré con desconfianza—. Eh, un momento. ¿Cómo puede saberlo? No funciona nada eléctrico ni mecánico. Ni radio, ni teléfono, ni televisión, ni vehículos... ¿Quién le contó eso?

—Una computadora —rio mi interlocutor misterioso.

—¿Una computadora? —dudé.

—Eso es. Un momento antes de ocurrir. Mientras el profesor Rufus Vandenberg leía el informe electrónico de lo que sucedería momentos más tarde, otra computadora me ampliaba los datos por ella registrados, antes de silenciarse definitivamente sus circuitos: eran radiaciones de origen extraterrestre.

—¡*Extraterrestre!* —exclamé, aturdido.

—Fantástico, ¿no? Pero no tema. De momento, no han llegado invasores. Sólo la radiación misteriosa. La provoca algún elemento poderosamente energético de otro planeta. No sé dónde está, ni cómo llegó cerca de la Tierra. No dio tiempo a preguntar tanto. La computadora dijo que solamente los trajes especiales de experimentación, los ZH22, eran eficaces para contener la radiación.

—Y robó usted cuatro: los números ocho, nueve, diez y once —dije, acusador.

—Sigo diciendo lo mismo: usted es muy listo, amigo Taylor. Pero no se equivoca. Es que, realmente, SOMOS cuatro. Mis tres ayudantes leales... y yo.

—¿Dónde están ellos? —miré en torno, intrigado. Siempre con aquel arma peligrosísima, dotada de cápsulas perforantes, en la mano firme de mi desconocido adversario.

—Con su querida compañera Yasmine —rio, sarcástico—. La vigilan estrechamente.

—Son un grupo de canallas...

—Tal vez —se encogió de hombros—. Creo que no siempre van a ganar los «buenos» en las historias de la vida. Ya que el equilibrio habitual se ha alterado, y las cosas no son como eran, tampoco nosotros tenemos por qué perder nuestra batalla particular contra el mundo.

—Es fácil ganar a un ejército, por inmenso que sea, cuyos soldados son muñecos sin vida, «señor Equis» —le dije, con ira.

—Sí, eso es cierto. Pero la astucia y la rapidez en la acción también tienen su recompensa. Ese ha sido mi gran mérito. Apenas la computadora dijo eso, tomé los indumentos especiales, y nos vestimos mis colaboradores y yo con ellos. Cuando llegó la radiación a la base, estábamos a salvo, aunque por escasos segundos de margen... Y tuve la precaución elemental, a la vista de los datos

programados, de quedarme *dentro* de mis ropas con un pequeño pero potentísimo emisor-receptor de baterías de uranio, que me ha servido para comunicar con muchos puntos del globo, señor Taylor. Aparte que la computadora, antes de enmudecer, dijo, como última frase: «La radiación afecta rápidamente a todo el planeta...» Y no declaró más. Ni hacía falta. He comprobado por mi emisor-receptor que el resto del globo, desde Vancouver a Londres, pasando por Sidney, Moscú, Pekín, Ciudad del Cabo y Brasilia, ha ido paulatina y vertiginosamente reduciéndose al silencio. Incluso me llegaron algunas llamadas de emergencia, que sólo duraron segundos, antes de que la paralización fuese absoluta, y el silencio en toda emisora de radio mundial, completo.

—¿No me está mintiendo? —me estremecí.

—No tendría por qué —se encogió de hombros—. Usted no significa gran cosa para mí, Taylor.

Bajé la cabeza, desolado. Era tremendo. Era el fin. Apenas si me atreví a musitar:

—Usted... usted no sabrá si esto es... es...

—¿Definitivo? —rio, entre dientes, de modo desagradable—. Lo será, si no es destruida la fuente emisora de esa radiación paralizante.

—Dios mío... Es igual que decir que no hay solución.

—Tal vez, Taylor. En ese caso, sufriría una, profunda decepción.

—¿Usted? ¿Por qué? ¿Le preocupa, acaso, el resto del mundo?

—No. Pero me interesa que todos vivan. ¿Cuál será mi poder, en un planeta de estatuas que se vayan pudriendo luego lentamente, hasta que todos lleguemos a morir en un dantesco planeta de putrefacción hedionda? No, Taylor, si yo deseo algo llamado PODER es para exhibirlo ante los demás. Para gobernarlos. Para que se sometan. Para ser el amo de todos.

—¿El amo del mundo? —dije, con ironía.

—Búrlese, si quiere. Tiene razón para hacerlo..., por el momento. También usted es el amo del mundo. Y Yasmine. Y todos cuantos estamos con vida animada ahora, que somos muy pocos: exactamente, seis.

—Ha dicho «vida animada»... ¿Es que esa inmovilidad no es la muerte definitiva?

—No, no lo es. Están paralizados en sus funciones vitales, eso es

todo. Sólo la sangre sigue circulando, sin espesarse. El cerebro tiene un leve, remoto resquicio vital, que evita su muerte clínica absoluta. Pero ese estado, casi cataléptico, durará no más • de veinticuatro horas, yendo muy lejos. Al cabo de ese tiempo... comenzará la descomposición física de todos ellos.

—Veinticuatro horas... —susurré, mirando mi reloj con angustia—. Y son ya las siete de la mañana... A las dos menos catorce minutos comenzó todo.

—Sí, ya lo he observado, Taylor. Tenemos que hacer algo. Por diferentes razones. Usted, para que sobreviva su gente, sus semejantes, la especie humana, a la que tanto aprecia y por la que se sacrifica desinteresadamente, tanto en sus trabajos espaciales como ahora, en su labor de oscuro héroe, dispuesto a luchar por el mundo que se acaba.

—No le entiendo bien. Yo deseo devolver al mundo a la normalidad. Por simple humanidad, usted lo ha dicho. Pero usted... usted ¿qué pretende? ¿Sólo poder? ¿Tener sometidos a millones de seres? Sabe que eso no podrá suceder nunca, cuando las cosas vuelvan a ser como antes. No puede ser sino el amo de un mundo de títeres inanimados.

—Se equivoca totalmente, amigo mío —se burló de mí el misterioso personaje—. Tengo en mis manos la baza suprema para ser el amo del mundo. Precisamente cuando todos vuelvan a su estado normal.

—¿Cuál es esa baza?

—Le dije antes que yo no me dedicaría a robar Bancos, aprovechando la actual inmunidad que me da mi situación. Yo robo otras cosas más importantes, más fuertes que el dinero.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo..., todas las reservas de mineral cósmico que posee la NASA —dijo, con una carcajada.

—¿Qué ha dicho? —balbucí, dando un paso atrás, con estupor—. ¿Los minerales del espacio? ¡Hay una fuente de energía en ellos! ¡Manejados alocadamente, podrían destruir al mundo en unos momentos!

—Exacto, amigo mío. Yo sé cómo manejarlos cuidadosamente. Los poseo ya. Están en mis manos. Y cuando todo vuelva a la normalidad, si es que vuelve..., los Gobiernos de todo el mundo

recibirán mi ultimátum. La entrega del poder mundial, el sometimiento de las fuerzas armadas del planeta... o la destrucción gradual de las grandes capitales del mundo. Y de los sistemas de defensa de cada país, por supuesto.

Me quedé callado. Atónito. Tan petrificado como cualquiera de los seres que me rodeaban ahora en el mundo.

Porque, desgraciadamente, poseyendo él aquellos minerales del espacio, era cierto lo que decía. Podía destruir al planeta a su antojo.

Eso, sin duda alguna, le convertiría en el amo del mundo...

CAPITULO III

—**E**L amo del mundo...

—¿Se ha dado cuenta ahora de mi poder actual, Taylor?

—Sí —murmuré—. Es cierto. Me he dado cuenta, por desgracia...

—Ahora entenderá que tenga tanto interés como el que más en dar con el paradero de esa terrible energía cósmica desencadenada sobre la Tierra.

—Imagínese que está lejos de nuestro mundo, en algún lugar del espacio exterior —señalé al cielo azul, ahora bañado por la luz radiante de la soleada mañana sin ruidos ni sonidos, salvo nuestras voces, tensas y hostiles—. ¿Cómo alcanzarlo?

—Usted es astronauta, además de fotógrafo espacial de la NASA, ¿no? —dijo, riendo suavemente, mi interlocutor.

—Subir en busca de algo que no sabemos dónde está siquiera llevaría quizá meses. O años. Y usted habló de... de veinticuatro horas. Que ahora son poco más de diecinueve...

—Escuche, Taylor. La computadora señaló la situación. de esa fuente de energía como un punto cercano a nosotros, al menos relativamente. El primer lugar afectado fue Nueva York. Eso quiere decir que puede flotar sobre Nueva York, encima de nuestras cabezas. Acaso una materia cósmica... dentro de nuestra propia atmósfera. De otro modo, dudo que resultase tan virulento su efecto sobre toda clase de vida orgánica.

—Eso tiene cierta lógica. Pero imagine la extensión de espacio que hay sobre Nueva York. E incluso desconocemos la naturaleza misma de esa materia que emite la energía paralizante.

—Hay que intentarlo. Cualquier cosa es mejor que cruzarnos de brazos, Taylor.

—Suponga que prefiero ver al mundo tal como está ahora a verlo controlado por un maníaco megalómano como usted...

—¡No soy un maníaco! —se enfureció—. Ni padezco de megalomanía, Taylor. Sencillamente, soy un hombre que desea el poder y que lo tiene ya en sus manos, le guste la idea o no. Soy el hombre capaz de controlar todos los países, de hacer que mi voz se obedezca como la dé un caudillo supremo. Mis manías son realidades. Cosa que ni Alejandro, ni Napoleón, ni Hitler, ni ningún otro de los que pretendieron ser dueños del planeta llegaron a tener jamás.

—Incluso así puede que pierda su batalla, «señor Equis».

—Lo veremos, Taylor. Pero usted no llegará a verlo, si insiste en no cooperar. Debe hacerlo por humanidad, recuerde. Pero también por... por Yasmine.

—Es usted un canalla —mascullé, dando dos pasos rápidos hacia él y cerrando mis manos.

El disparó su arma temible.

Hubo un seco zumbido, un sonido chirriante, un estampido brusco, y a mis pies se clavó un proyectil perforante, abriendo un boquete profundo en el duro cemento especial de las pistas del cosmódromo.

—El siguiente disparo irá a su cabeza —avisó, sibilante, mientras su arma, moderna y peligrosa, enfilaba hacia el punto señalado de mi anatomía—. No me haga cometer una muerte estúpida.

—¡Es usted un canalla! —insistí—. ¿Qué dijo sobre Yasmine?

—Un simple aviso. Matarle a usted, no le asustaría en absoluto, con toda seguridad. Tiene madera de héroe o de tonto, no sé. Pero la idea de que Yasmine, su adorable compañera de viaje cósmico, la bella Yasmine, pueda ser muerta en su presencia... quizá le haga reflexionar un poco, señor Taylor.

Me dominé dificultosamente. Dejarme matar, tampoco resolvería nada. Era Yasmine la que me preocupaba ahora. Ella... y el resto del mundo.

—Está bien —dije, con voz ronca—. Dígame qué espera de mí. Intentaré hacerlo, aunque maldito si sé cómo empezar..., ni mucho menos cómo ni cuándo acabar.

—Perfecto —sonrió él, mirando su reloj—. Como máximo, a las

doce de la noche debe estar terminada la búsqueda, o no habrá esperanza. Actúe, Taylor.

—Antes... quisiera verla a ella —dije, mordiendo casi las palabras.

—¿A... Yasmine? —sonrió duramente, bajo la máscara de nylon que deformaba su rostro—. Bien. Le concedo ese derecho. Solamente unos minutos. Recuerde que no dispone de demasiado tiempo. Esto va a ser una lucha contra el reloj, y usted lo sabe... Ahora venga conmigo. Y recuerde: ninguna jugarreta. De momento, es su vida la que está en juego. Luego... será la de ella.

* * *

Yasmine se echó en mis brazos.

Creo que me hubiera besado. Pero nuestras máscaras lo impedían. El peligro de un contacto exterior era demasiado terrible, ahora que conocía la verdad, la naturaleza del elemento cósmico, capaz de inmovilizar la vida humana, para intentar beso alguno. Nos limitamos a rodearnos con nuestros brazos mutuamente.

Creo que fue el abrazo más hermoso que jamás di a una mujer. Y el que más me emocionó, al sentir cerca de mí el cuerpo suave de Yasmine.

Estaba con los ojos húmedos, pero no lloraba. Era fuerte, dueña de sí, aunque tremendamente femenina, incluso en momentos así, de prueba de firmeza y solidez.

—Alex, querido... —susurró—. Es terrible lo que sucede...

—Sí, lo sé. «Míster Equis» ha sido muy explícito conmigo.

—¿Sabes, entonces...?

—Todo.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que ayudarlo. Porque es ayudarnos a nosotros, quizá. Y ayudar al mundo entero.

—Alex, es una tremenda responsabilidad para ti, para mí... ¿Qué será mejor? ¿Un mundo quieto y silencioso, o un planeta dominado y sojuzgado por la tiranía de un vesánico, lleno de sueños ególatras y de ambiciones de poder absoluto y despiadado?

—No lo sé, Yasmine. Ni soy quién para decidir. De momento, son millones de vidas. Recuerda que mis temores se han cumplido, por desgracia. Es un fallo mundial. Una hecatombe a nivel universal. Todo está paralizado.

—¡Pero no puedes hacer nada, Alex! ¡No sabemos nada para buscar una clave, una solución! Y menos, en tan poco tiempo...

—Sabemos que Nueva York fue el punto clave, el inicio de todo. La Milla Cero de la acción letal de esa energía desconocida y, terrible. Quisiera saber cómo y dónde empezó, pero no sé qué hacer... Sólo sé que voy a intentarlo. Y que Dios me ayude...

—Alex, si tu conciencia te dicta negarte..., niégate.

—¿Le aconseja eso, sabiendo que es su vida la que peligra, señorita Hart? —silabeó el misterioso megalómano, rodeado ahora por los tres hombres vestidos como ellos. Armados todos, de expresión fría e insensible, pero sin aspecto siniestro o desagradable ninguno de ellos. Actuaban rígidamente, eso sí. Como perfectos soldados al mando de un jefe supremo, lleno de autoridad tiránica.

Estaban dentro de uno de los hangares, donde los cuatro habían hecho su refugio provisional. En unas grandes cajas metálicas, que yo bien conocía, tenían allí amontonada toda la enorme cantidad de piedras espaciales, ricas en minerales valiosos, especialmente para uso bélico o para producir energía de gran poder.

—Sí, Yasmine. Él tiene razón —dije—. No debes aconsejarme eso. No dudes de que lo voy a intentar todo. Es mejor salvar tu vida. Y la de los demás. Aunque vivamos esclavizados a un tirano aniquilador..., siempre quedará una leve esperanza de liberación. Así, no hay esperanza. Ninguna, Yasmine.

Ella no hizo comentario alguno. No dijo nada. Me dejaba ir, era evidente. Miré a sus captores. El jefe habló con frialdad, mostrándome su reloj:

—Váyase, Taylor. También nosotros buscaremos a nuestro modo. Le espero aquí, justamente a las doce como máximo, esta noche, con una solución. Si no, mataré a Yasmine entonces. Si antes resuelve las cosas, le estaré esperando igualmente. Y recuerde que, una vez hecha su parte, no les haré ninguna mala pasada. No será preciso. Ustedes, como los demás, serán simples y fieles súbditos del nuevo gobernante: ¡El presidente mundial!

No comenté nada. No hacía falta. Ni tenía ganas de hacerlo.

Me limité a abandonar el hangar, tras una última mirada a Yasmine. Ella era el valioso rehén que me impedía cualquier jugarreta contra aquellos hombres.

Tenían la fuerza en su mano.

Y yo, diecisiete horas escasas para encontrar en el espacio una forma de energía capaz de paralizar al mundo.

Para entonces, yo no podía saber que estaba tan cerca, tan increíblemente cerca de aquel misterio impenetrable. Y que ni siquiera lo sospechaba.

No podía imaginar que, precisamente yo, Yo... había detenido el mundo.

CAPITULO IV

MI búsqueda de algún dato comenzó por la propia cámara de trabajo del profesor Vandenberg. Su archivo era el más completo en materia cósmica. Afortunadamente, los repetidores de fichas magnéticas sí funcionaban, porque era una simple acción selectora y repetidora, sin mecanismos motrices.

Introduje las fichas en el selector. Pulsé las teclas, esperando un resultado, tras oprimir el botón que indicaba: DATOS CÓSMICOS.

Salieron varias fichas. Las revisé, junto a la figura inmóvil del profesor, como silente compañero inútil.

De repente, enarqué las cejas. Releí una de las fichas. Palidecí.

—No... —susurré—. No es posible...

La tarjeta cayó de mis dedos. Me apresuré a recogerla. A dejarla en su lugar, con dedos temblorosos.

Había sido como un trallazo de luz. Como una iluminación mental repentina. Tan repentina, que me deslumbraba.

Aquella no podía ser la verdad.

Y, sin embargo...

Enjuagué el sudor de mi frente. Miré a Vandenberg, pensativo. Volví a cruzar las cámaras del general Cabot, del coronel Field... Les miré, mecánicamente, mientras cruzaba las cámaras. Salí al corredor. Poco después, abandonaba el edificio.

Y la base del cosmódromo, también. Dejando allí a Yasmine, en manos del megalómano misterioso y sus tres ayudantes.

Con la única pista de que disponía realmente. Con una leve esperanza. Deambulando, sobre mi bicicleta, torpemente ahora, entre los personajes que salpicaban las calles, entre los vehículos detenidos en autopistas y avenidas. Entre el silencio matinal, mientras las luces eléctricas, que nadie apagó, parpadeaban, lívidas,

bajo la fuerte luz solar.

Llegué al centro urbano, muy avanzada ya la mañana. Me equivoqué en dos ocasiones de dirección, tan aturdido y confuso me sentía. Las manos me temblaban sobre el manillar. Mis piernas pedaleaban fuerte en la vieja pero práctica máquina de locomoción, tan útil en aquellos momentos.

A medida que avanzaba, entre los inmóviles seres de calles, plazas y avenidas, entre casas iluminadas, calladas, entre ventanas adonde asomaban curiosos nocturnos, o por las que alguna muchacha era visible, desnudándose ante un espejo, mi mente era un torbellino de ideas.

Y mis labios pronunciaban unas mismas, repetidas, obsesivas palabras:

—Dios mío... Dios mío... ¡He sido yo! ¡Yo!... ¡Yo detuve el mundo! Soy el culpable... y ni siquiera lo sospeché jamás. Nunca lo supe hasta leer ese informe... Nunca... Yo paralicé a toda esta gente, al mundo entero...

De repente, me encontré en mi punto de destino. Frente a mi casa.

Dejé la bicicleta. Corrí hacia el edificio. Entré en él con violencia.

Me detuvo en el amplio gabinete central. Contemplé el obsequio que la NASA me ofreciera tan gentilmente. La piedra cósmica. El pequeño meteorito púrpura, bajo la luz azul de una lámpara eléctrica...

Miré, como fascinado, aquella piedra, no mayor que un balón de rugby...

—Tú... —susurré—. Eres tú, maldita... ¡TU PARASTE AL MUNDO CON TU INCREÍBLE ENERGÍA ACUMULADA EN ESE TROZO DE FEO MINERAL!...

* * *

«Míster Equis» me miró fríamente. Luego, consultó su reloj...

—Solamente las ocho —dijo—. Las ocho de la noche, Taylor.

—Sí —afirmé despacio, con serenidad, dueño de mí y de mis gestos.

—¿Qué ocurre? ¿Renuncia tan pronto? ¿No ha encontrado solución? Creí que emprendería un vuelo estratosférico, cuando menos, eh busca de algo...

—No funcionan las naves espaciales, usted lo sabe —repliqué—. Acaso alguna a iones, pero era demasiado arriesgado. Se pierden horas en un vuelo espacial con una nave tan poderosa...

—Acabemos de una vez —se impacientó, volviendo la vista a sus tres hombres, a Yasmine, que me miraba anhelante, acongojada, desde el fondo del hangar. Las armas me encañonaban decididamente. Todo parecía perdido realmente. El enmascarado prosiguió—: Afuera todo sigue igual. La gente continúa inmóvil: soldados, técnicos, mecánicos, astronautas... Taylor, ¿No ha logrado nada? ¿No descubrió nada?

—Sí —afirmó—. He descubierto por qué ocurrió todo. Y qué lo producía.

Me miró, atónito. Y lleno de recelos.

—No le creo —cortó, incisivo.

—Es la pura verdad —repliqué—. Era un objeto muy simple. Lo traje conmigo. Siempre estuvo entre nosotros la fuente de esa rara energía. Por eso Nueva York fue la primera afectada. Inicialmente no emitía radiación alguna peligrosa. Pero apenas quedó bajo una luz especial, de coloración azul, como la de mi casa..., empezó a generar energía, lanzándola como una oleada incontenible por toda la faz de la Tierra, fundida con el aire mismo que respiramos.

Contempló, por vez primera, el hombre que se creía ya amo del mundo aquel envoltorio metálico que yo traía. Alzó su arma. Sus hombres me rodearon.

—Cuidado —silabeó—. Si es una trampa, caeremos todos. Pero usted delante, Taylor. Y también su chica, recuérdelo.

—No es ninguna trampa —suspiré—. Todos ustedes vieron antes este objeto, «míster Equis». Y tú también, Yasmine —la miré. Mis ojos le emitieron un mudo mensaje, mientras respiraba aire con fuerza, y lo retenía en mis pulmones, para volver a respirar luego fuertemente.

Desenvolví el objeto. Lo puse sobre el fuselaje de una nave encerrada allí. Todos lo contemplaron bajo la luz del hangar.

—¡La piedra! —exclamó Yasmine.

Y al verme, al mirar mi gesto, hizo algo. La vi tomar aire con fuerza, hinchando su torso. Contuvo el aliento. Yo, también.

—La piedra... —la miró, como fascinado, el hombre ebrio de poder. Se acercó, sin tocarla—. La que le regalaron, Taylor... ¿La

roca del espacio? ¿Es posible que ese simple trozo...?

Me miró. Asentí con la cabeza. Sin hablar. Sin respirar. La piedra purpúrea brillaba sobre el vehículo, fea y tosca.

—Cielos, parece increíble... —pestañeó. Estaba bañado en sudor. También sus compañeros. Luego, todos se aproximaron a la pieza. La miraron, perplejos. Más de cerca.

Yasmine y yo continuábamos sin respirar.

Luego, súbitamente, ocurrió algo.

La piel de todos ellos se tornó azulada. Incluso tras el nylon que deformaba su rostro, aquel hombre se tornó azul intenso, desorbitó los ojos. Se volvió hacia mí. Captó el brillo triunfal de mis ojos.

—¡Miserable! —aulló—, ¡Era una trampa! ¡Le voy a...!

Alzaron sus armas. No pudieron hacer nada. Para asombro de todos, se abrió violentamente la puerta del hangar.

Asomó en ella un grupo de hombres. Armados, con cascos, con máscaras antigás. En movimiento. ¡Soldados animados, llenos de vida! Y cubriendo con sus armas a los cuatro siniestros personajes que, aturdidos, llenos de horror ante la sorpresa imprevisible, se dejaron desarmar, mientras sus piernas flaqueaban y caían al suelo del hangar, inconscientes.

Yo corrí por Yasmine, la tomé conmigo y salí con ella al exterior. Allí respiramos aire limpio, oxigenado. A pleno pulmón.

Ella no podía dar crédito a sus ojos, cuando descubrió ante sí a los que nos aguardaban.

—¡Profesor Vandenberg! —exclamó—. ¡Coronel Field! ¡Ustedes! ¡Y esos soldados, y esa gente! Y los compañeros astronautas... Vivos. ¡Todos vivos, con movimiento!...

—Sí, Yasmine —sonrió el profesor—. Todos hemos vuelto a la vida. Hace ya rato de eso. Pero se fingió que todo seguía igual. Era el plan de Taylor para ganar la partida. Y la ganó...

En aquel momento, un soldado armado acudió a ellos, sin máscara antigás. Les miró, atónito.

—Cielos... ¿Saben quién era el ladrón del mineral espacial? —murmuró.

—Sí —afirmé.

—Le quitamos la máscara, la peluca negra y resultó ser...

—EL GENERAL MARIUS CABOT —afirmé roncamente—. Lo sabía. Lo supe cuando miré en su lecho y sólo encontré un muñeco

bajo las sábanas, con su peluca blanca...

FINAL

—**E**L general... Oh, Alex, ¿cómo es posible que un hombre como él...?

—Era un buen soldado. Pero algo debió trastornarle. Quizá sus trabajos espaciales, alguna influencia nociva del espacio... Cada hombre es diferente, cada cerebro reacciona de un modo. Se verá eso más adelante. Lo cierto es que se creyó realmente capaz de ser amo del mundo...

—Alex, ¿cómo pudiste...?

—¿Vencerle? —sonreí—. No fue difícil, después de todo, Yasmine. En realidad, tenía todo en mis manos, apenas descubrí la fuente de esa energía diabólica, que no era sino la piedra que yo puse bajo una luz. Involuntariamente, yo detuve la marcha del mundo por casi todo un día. Al descubrirlo, destruí la piedra, pero procurando hacerlo cerca de Vandenberg y del personal de la base. Apenas recuperaron la normalidad, una vez desintegrada la piedra en un recipiente de desintegración atómica de la base, les pedí que se fingiera aún inmovilidad total dentro de la base. Los soldados se mantuvieron quietos, igual que todos aquellos a quienes el general Cabot y sus esbirros podían ver de vez en cuando. Mientras tanto, Vandenberg preparó, de acuerdo conmigo, una falsa piedra conteniendo un gas especial, capaz de penetrar, incluso, las defensas de esos trajes nuestros. Pero si no se respiraba, ese gas era inocuo. Por eso te advertí, aunque tampoco es mortal, y el general y sus compinches despertarán pronto, para responder de su delito a la justicia.

—¿Por qué sospechaste que «míster Equis» fuese el general?

—Su tono de voz era el de alguien habituado a mandar. Hablaba de soldados, de batallas... Era un general, sin duda. Luego, me

chocó la forma de estar bajo la sábana, y revisé aquello. También era revelador que la guerrera estuviese sobre la silla. Fue porque el calor aumentaba, al no funcionar la climatización. Pero eso era secundario. Lo importante es que, apenas vi un muñeco en el lecho, con una peluca canosa, adiviné, ya sin dificultades, la identidad del enmascarado megalómano...

—Lo hiciste, Alex. Lograste salvar al mundo... —También, sin yo quererlo, estuve a punto de destruirlo. Es peligroso traer piedras del espacio, sin haber sabido previamente de lo que son capaces los cuerpos, orgánicos o inorgánicos, procedentes del espacio exterior, una vez trasladados a la Tierra. En lo sucesivo, renuncio a recibir recuerdos cósmicos, Yasmine. Con uno hubo más que suficiente... — Sí, Alex. Más que suficiente...

* * *

Esta vez sí nos besamos. Y nos miramos a los ojos.

Creo que todos los experimentos hubieran fracasado entonces con nosotros. No se puede poner a prueba tantas veces la atracción mutua de un hombre por una mujer. Yasmine no sólo me gustaba. Sabía que la quería. Y que todo lo hice por ella.

En cuanto a Yasmine..., yo también era algo más que un buen amigo o un tipo que pudiera atraerla físicamente. Me lo dijo, y la creí.

El mundo había vuelto a la normalidad. Y también era muy normal que Yasmine y yo nos casáramos en breve, dejando la NASA y los problemas del espacio para otras personas.

A fin de cuentas, ya había hecho algo por el mundo, aunque fuese sólo enmendar un error mío, que también lo fue de todos los que creyeron que se pueden traer recuerdos del cosmos.

Ahora me tocaba hacer algo por mí mismo. Y por Yasmine.

Sobre todo, por ella.

FIN

Notas

¹ Ochenta grados de la escala Fahrenheit equivalen aproximadamente a veintiocho centígrados. < <